Leila Sucari

CASI PERRA

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

CASI PERRA

ón andanzas

LEILA SUCARI

CASI PERRA

Índice de contenido

Portada

Portadilla

Legales

Casi Perra

Sucari, Leila
Casi perra / Leila Sucari. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2023.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-670-754-1
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

1.ª edición: febrero de 2023

Primera edición en formato digital:enero de 2023
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

Av. Independencia 1682 - C1100ABQ - C.A.B.A.
info@tusquets.com.ar

ISBN 978-987-670-754-1

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723

«Pero poco a poco,
a medida que dejabas atrás sus voces,
las estrellas comenzaron a arder».
MARY OLIVER

El cielo se pone azul eléctrico cuando te pienso. Francia, decías vos, pero Francia es solo un lugar en el mapa y que a mí nadie me discuta el color de mi cielo. Eléctrico y punto.

Desde que arrancó el tren, hay un olor que me descompone. El azúcar de las frutas abrillantadas me da náuseas. Cierro los ojos, aspiro el juguito de la mandarina. Quiero olvidarme del mundo, concentrarme en el cítrico. Ser toda yo un silencio ácido. Pero una gota va a parar al fondo de mi ojo y me obliga al afuera. No le devuelvo el gesto a la mujer que está sentada frente a mí. Yo solo quiero mi recorte de cielo. Que nadie me hable, que nadie me venga a decir lo que tengo que mirar. Que me dejen sola y tranquila con este cielo que es mío.

Tiro las semillas al piso, las pateo debajo del asiento, donde se acumula la basura de los otros. La mujer ya no sonríe, no intenta nada conmigo. Habla por teléfono en un idioma extranjero mientras mastica sin ganas. Ahora que no me ve, la miro. Se le escapan las migas cuando pronuncia esas palabras raras, llenas de jotas y de erres. ¿Quién le enseñó a hablar así? ¿Cuál será la lengua madre que la tiene tan confundida? ¿Por qué la madre siempre es una lengua? ¿O es la lengua la que se hace madre?

Imagino una ronda de nenitos huérfanos abriendo la boca. Ella, en cambio, mueve los labios despacio. Estira las vocales como si no quisiera perderlas. Se agarra con fuerza la cadenita del cuello y a mí me incomodan sus ganas de ahorcarse ahí mismo, esa voz grave que se escucha al otro lado del teléfono. El sonido de un mar adentro de un caracol. Ahora el nene de oro queda colgado, como pidiendo auxilio entre los huesos de su clavícula. Ella cambia el tono de voz. Deja de hablar con tantas jotas. Es solo un cuerpo amorfo, lleno de lenguas mezcladas, lenguas hermanas, lenguas serpientes, lenguas sueltas que intentan comunicarse.

Así empieza esto. Arriba de un tren.

* * *

Miro por la ventana, pero no veo nada, estoy ida. El pasado es un pájaro negro que me picotea. Pienso en vos, en lo que se fue de nosotros. En nuestra manera de hablar. ¿Te acordás? Hablábamos quebrando el tiempo, hasta que los cuerpos se desmayaban, entre plumas, enredados, para seguir y despertar en medio de una oscuridad sin nombre. Nos la pasábamos así, en ese estado difuso. Húmedos, perfumados, erectos como un par de lirios salvajes. Y hablar no era solo ordenar palabras y escupirlas al mundo, sino crear uno nuevo, propio, lleno de significados y perforaciones. De fluidos y verdades que ninguno de los dos era capaz de explicar de otra manera que no fuera haciendo del verbo la carne.

Pero todo eso era antes. Ahora se me escapa el pensamiento por la boca. La gente me mira raro. Aprieto los labios, vuelvo a mi adentro. Hay voces, son demasiadas y me confunden. Por eso también me fui. Tengo miedo de romperme.

* * *

El día que me molestó tu manera de respirar mientras dormías supe que lo nuestro no iba a durar. ¿Cuánto tiempo había pasado entonces? ¿Un año o dos siglos? A mí —que había adorado el movimiento de tus manos al lavar los platos, la forma de tu sexo cuando te bañabas y esos besos que se tragaban todo lo negro—, a mí, ahora, me enfurecía la falta de ritmo con la que entraba el aire a tus pulmones. El silbidito agudo y espasmódico me dio la sensación de estar bajando rapidísimo por un tobogán que terminaba en una cloaca.

Te desperté de un golpe en el hombro izquierdo. No hagas tanto ruido, te dije, que no me dejás dormir. Abriste los ojos y me diste la espalda. Antes te hubiera abrazado, me hubiera adherido con la pierna al hueco de tu cadera, hubiera metido la nariz en tu cuello hasta quedarme dormida. Pero, en vez de eso, me di vuelta yo también. No pude dormir.

* * *

A medida que avanzamos, crece el olor a comida y el bebé de atrás sube el volumen de su berrinche. La madre no hace nada para

calmarlo, o si hace es una inutilidad tras otra. La ventana que me tocó está trabada, igual que la progenitora del chiquito. Si esto era la libertad, mejor me quedaba en casa.

Improviso un abanico poniendo la mano en forma de ala. Mis dedos de pianista al fin sirven para algo. Vuelvo al cielo, compruebo que abandonó la electricidad. Se volvió opaco, como todo lo demás.

Ahora debés estar llegando a casa. Encontrando el vacío en la cerradura, descubriendo tu vida como una heladera después de un corte de luz en pleno verano. Acerco la nariz a mi hombro, respiro lo que no está. Mi acidez es un refugio. Cuento hasta veinte, treinta, doscientos. Los números se superponen y forman telarañas.

* * *

Lo único que tengo es un bolso de cuero naranja que alguna vez fue de mi madre. Miento. Lo único que quiero es un bolso de cuero naranja que alguna vez pudo haber sido de mi madre. Lo encontré en un mueble viejo. Adentro había diarios y polvo. Tenía siete años y me agarré de él como si fueran los brazos de mamá. El único recuerdo que tengo de ella es este bolso. Y ni siquiera es real.

Apagaron las luces. Por suerte todos se quedaron dormidos, me agota sentir los pensamientos ajenos. Los sueños son más blandos, no me invaden tanto. Logré vencer la tentación de bajarme y ahora me aferro a ella, a mamá, que viaja sobre mis piernas. Acaricio el cierre oxidado como si fuera la cicatriz de su cesárea. Lo abro un poco, escucho el quejido. Cierro rápido. Que no se desangre. De acá vengo. Mi historia se reduce a este rectángulo de animal muerto y pulido. Un pedazo de piel carcomida por las polillas. Soy todo lo que no entró en él. Lo que dejé en el camino me define. Cada óvulo que expulsé, todas las veces que dije que no.

Llevo conmigo dos vestidos, un cepillo para el pelo y una bufanda que tiene tu olor. No quiero nada más. No necesito otra cosa que este silencio contra las vías del tren.

Debería abrir la ventana. Que desaparezcas entre las ortigas. Que mi cabeza se vaya de mí.

* * *

La mujer abre los ojos y me mira desde sus ranuras vidriosas. Me

limpio con la manga como si todavía fuera esa nena de siete años que busca a su madre desesperadamente. Si se me escapan los mocos, es porque no consigo llorar. Disculpe, señora, algo tiene que salir de este cuerpo seco.

La desidia me volvió compacta. No siento nada. A veces me despierto y tengo la certeza de que no existo. Mis venas son un circuito acabado que gira por inercia. Los kilómetros que llevo arriba del tren me dan la ilusión de movimiento. Cierro los ojos y recuerdo: nada es, yo tampoco. Lo que construimos juntos quedó estancado en la línea recta que hay ahí, entre tus pupilas de oveja que se me aparecen a cada rato como una maldición. Los cuadritos colgados sobre las paredes de tu consultorio no te sirvieron. Perdiste lo que amabas por intentar descifrarlo.

Miro el cielo, todo sigue igual. Las horas no pasan. Las estrellas no forman ninguna constelación. La luz solo ahueca lo negro. Lo que titila allá arriba está muerto.

* * *

Insistías en que al amor había que sostenerlo como a una pieza de arquitectura. Si la cosa se derrumba, es porque nadie se esfuerza, decías. La cosa éramos nosotros; nadie, yo. Las peleas se habían convertido en un ritual; el amor, un protocolo. Comprabas comida al por mayor, te gustaba tener provisiones, hacer cálculos. Yo, en cambio, era antieconómica. Masticaba como una adicta los brotes de bambú que traías del japonés. Comía para no escucharte. Devoraba en marzo las latas destinadas al mes de julio. Con vos nada dura, te quejabas, es imposible planificar. Y yo miraba de reojo, sin responder, chupando la textura amarga de lo importado. Tu sueldito profesional en mi boca.

Todavía podemos, decías, y encajabas la mano entre mis tetas. No sos vos, son los calores, y te espantaba como a un murciélago. Después venía ese silencio. Un silencio que no era huella, sino puro desierto. La pareja no es tu prioridad, seguías, y acomodabas en la alacena los paquetes brillantes de algas con vitamina E.

La mujer me regala una pera antes de bajar del tren, me arranca de vos por un segundo. Le agradezco. Observo la fruta. Tiene aureolas marrones, partes blandas que me recuerdan la flacidez de mi cuerpo. La guardo en el bolsillo. Es raro cómo el tiempo transforma las cosas.

Cuando nos conocimos decías que te gustaban mis piernas. Yo me reía, pensaba que te iban a gustar siempre. Al final entendí que no. Aunque entender es inútil. Todo llega tarde, cuando no lo necesitamos.

* * *

Bajé en la última estación. La elegí por el nombre: Lagerstroemia. Imaginé un pueblo extraño, con gente a caballo, sin montura, hablando un idioma desconocido y hermoso. Pero hasta el momento solo se me acercó un viejo a pedir monedas. Le dije que no tenía nada y se alejó pateando el polvo. Ahora estamos los perros y yo. El resto de los pasajeros abandonó el tren durante la noche.

Hundo el pulgar y la pera se deshace. La fruta está podrida, pero tengo hambre. Muerdo hasta sentir la semilla en el centro. La mastico también. Hay que saber aprovechar lo que se tiene, digo en voz alta para que el vagabundo me escuche, aunque esté demasiado lejos y demasiado borracho como para interesarse en mi falsa moral.

—¡Hay que dejar el alcohol! —grito, y los perros festejan la estupidez humana. Desarmo la fibra de la pera con la lengua. Se parece a tus cartílagos. Cómo me gustaba moldearte la oreja, sentir tu escalofrío en mis dedos, morder hasta que doliera, como si fueras una fruta sin cáscara, llena de sabor y de jugo.

* * *

Dos cachorros juegan al costado de las vías, corren en dirección contraria al viento. A pesar de que es temprano, hay una humedad pegajosa y tribus de mosquitos que zumban alrededor de mis oídos. Nada me molesta más que ese ruido. Les daría mis glóbulos rojos sin problema, pero por el amor de dios que se queden callados. Se me mete adentro el zumbido y en un momento es como si viniera de mí. No distingo el afuera, qué me separa del resto.

Intento atraparlos con las manos; agarro uno gordo y rojo que apenas puede volar, lo aplasto despacio. Una gota de sangre me mancha las huellas digitales. Me siento en un banco y espero a que termine de hacerse el día. Los perros se acercan y me chupan, hacen quejiditos suaves y tienen ese olor a leche dulce de los recién nacidos. Antes me hubieran provocado ternura, pero ahora no tengo ganas de

acariciar a nadie. ¡Juira!, grito, y me sorprende la gravedad de mi voz.

Cuando el sol alcanza la galería de la estación, me pongo el bolso al hombro y camino hacia la calle principal. Lagerstroemia no tiene ningún encanto. Hay polvo, algunos árboles flacos y negocios con las persianas oxidadas a medio levantar. Una mujer baldea el piso y llena la vereda de espuma. Digo buen día y no responde. Sigo caminando, no dejo que la desilusión me arrastre. Avanzo en contra del viento, como los perros, y me pinto los labios de rojo, una costumbre que me hace sentir fuerte cuando el mundo pierde nitidez. Que me falte todo menos mi rouge.

Un hombre con expresión de hongo me mira desde la puerta de la panadería. Me acerco con la mirada clavada en los mignones y le pregunto por el camping municipal. Mastica y entrecierra los ojos como si no pudiera enfocarme. Tiene la piel muy blanca. Puedo intuir lo suave de su tórax, la cabeza redonda y masticable. Derecho, dice, y se incrusta en la oscuridad húmeda del fondo. Les doy las gracias a las tiras de plástico. Un cuzquito se desprende de los panes y me sigue. Andamos juntos hasta que la calle se bifurca. Sobre el tronco del liquidámbar, un cartel torcido indica la entrada del camping. Hay árboles viejos y el sabor de un río sucio empieza a meterse por mi cuerpo.

* * *

La mirada se me nubló cuando me di cuenta de que ya no me gustabas. Sentí picazón en todo el cuerpo. Es la alergia, mi amor, te dije, y vos entendiste alegría y te reíste, o te tiraste el pelo para atrás, no me acuerdo. Lo hacías para molestarme. Aprovechando la anarquía de la lengua, que siempre terminaba en malos entendidos, volví a concentrarme en tu sexo. Hundí la cabeza para olvidarme de lo que estaba pasando en el centro de mis lagrimales. Pero no sirvió de nada: había perdido de pronto —como si fuera una revelación maldita— el amor y las ganas.

Tengamos un hijo, pensé, y deseé una donación de tu semen para evitar las dudas que me caminaban adentro como gusanos, que se arrastraban como si en lugar de venas tuviera ríos contaminados. Lo pensé y te dije hagamos un nene, sí, ahora, acabame adentro, insistí mientras me daba vuelta y tu risa explotaba contra el aire viciado de nuestra vida juntos. Somos grandes, dijiste. Y, ya sé, ¿no ves que es

una broma, estúpido? Pero igual quiero, quiero dos, una nena y un nene. Mellicitos, repetí, y volví a chuparte la pija como parte del plan, pero no salió nada. Era insensible a mis súplicas. Succioné con fuerza hasta pasparme los labios. No tenía sentido el ardor, igual mis óvulos estaban pasados de fecha, sequitos como pasas, vos tenías razón.

Creo que en un momento me aburrí. Eras lo contrario a un eyaculador precoz y eso me hacía sentir pálida. La falta de futuro me trabó la mandíbula. Terminá de una vez, dije, y no hubo respuesta. Me alejé para mirarte con perspectiva y de nuevo la certeza como un golpe de electricidad en la nuca: tu cuerpo se había terminado para mí. Te acaricié los hombros, los brazos, el pecho cubierto de canas, como si te quisiera, como si todavía fueras algo sagrado. Y no sentí nada. Nada de nada. Fue como tocar una alfombra. La piel sintética de un laboratorio. Entonces lloré, aunque sin escándalo y no de tristeza, ni siquiera de pena; lloré porque, aunque te dije que no, que no me pasaba nada, que era el tiempo, la vejez y las ganas del hijo imposible, sabía que mentía.

* * *

En el camping, un hombre corta el pasto con una bordeadora eléctrica. No sé cuánto tiempo debe llevarle alisar las supuestas cinco hectáreas parquizadas que señala el mapita de la entrada. El olor verde y fresco me da ganas de revolcarme contra el suelo. Me acerco a saludarlo, pero no escucha, o aprovecha el ruido del aparato para hacerse el sordo. Recorro el lugar sin saber qué hacer. Los mosquitos se complotan para picarme los tobillos. Quisiera darme un baño de inmersión y tomar un café bien caliente. Estiro los brazos, hago un saludo al sol y miro los árboles. Las partículas flotan en el aire y se filtran entre las hojas, el río está casi inmóvil. Todo es hermoso. No entiendo qué mierda hago acá.

Apoyo el bolso naranja sobre un cuadrado de tierra seca y me pongo a armar la carpa que compré de oferta en la proveeduría. Es usada y le faltan estacas. Hace años que no duermo en una carpa. Tendría que haberme ido a un hotel. ¿Adónde se fue mamá cuando me dejó? Pienso en mi padre, en su mutismo. ¿Por qué no inventó una excusa? Ahora somos nosotros, eso fue todo lo que dijo; ni un intento de aclarar las cosas, de explicar algo.

Después, los años de hablar con vos adentro de ese consultorio con

olor a lemon grass, tratando de perdonarlos a todos. Me pregunto por qué acepté que me derivaras y me invitaras a cenar ese domingo. Justo un domingo. Qué obvios fuimos desde el principio.

Espanto los bichos con la funda impermeable y me obligo al silencio. Basta de pensar. No hay respuestas, nada tiene sentido. Clavo las estacas en la tierra seca como si fueran cuchillos.

* * *

Me despierto otra vez con la puntada en la pierna. El pinchazo me atraviesa la pantorrilla y no llego a estirarla. Respiro profundo, cierro los ojos para que el tiempo pase más rápido, pero no sucede. La carpa iglú es un útero violeta. Me quedo en posición fetal, mirando los hilos de luz que llegan desde el otro lado. Pateo con la pierna que funciona. Nadie me acaricia desde afuera. Nadie me calma. Siento la angustia como un caballo de mar que se instala en mi pecho. Me habías alertado sobre los efectos secundarios, que el tratamiento no se podía largar así nomás. De forma repentina, dijiste. Pero mi cuerpo es mío, no quiero más la invasión de tus químicos. Voy a soportar el desequilibrio yo solita. Cierro el puño y golpeo mi centro. El día todavía no empezó y ya está arruinado.

Cuando papá murió, escondiste media pastilla debajo de mi lengua. Dijiste que tenía que calmarme. Había llegado del hospital cansada y vos no supiste cómo tocarme, cómo traerme de vuelta sin recetas de sublinguales. Necesitaba un gesto y me diste fármacos. Hablabas con la amplitud de una catedral, con palabras complejas y ese tonito supremo que me ponía nerviosa. Me explicabas todo como si fuese una idiota; te dejé hablando solo y me encerré en el cuarto.

Al día siguiente, andaba como nublada. Se ve que la gata también, maullaba más de lo normal, pedía comida y no comía. A la tarde saltó la medianera, como siempre, pero esta vez no volvió.

La imagen de papá en la cama todavía me da taquicardia. No sé por qué le apretaron la cabeza con las gasas, no me animé a preguntar. Parecía un animal mitológico dispuesto a un sacrificio divino. Los huesos de la mandíbula quedaron detenidos en una mueca extraña. No era miedo ni dolor. ¿Qué habrá sentido? Sus ojos no miraban a ninguna parte. Yo sí miré. Me acerqué y busqué, olí como un mamífero que intenta encontrar el camino de regreso. ¿Cuánto tarda el brillo del ojo en desaparecer? Había llegado tarde. Estaba

seco. Era apenas un contorno óseo, desnudo, bajo una sábana finita. Se había vuelto color sepia, y no olía a nada.

Qué horror vivir tantos años. Morir así de viejo y herido, ¿para qué? No fui capaz de vestirlo. No le avisé a nadie. Acaricié su mano. Apenas un segundo me alcanzó para darme cuenta. Eso que estaba tocando, ese tejido resquebrajado, no era él. Directo a cremar, gracias por todo, le dije a la enfermera y le dejé una propina en forma de tubito de oxígeno. Después me alejé por el pasillo con las piernas temblando.

Ahora que estoy suelta de origen y de futuro, no sé qué hacer con mi vida. La libertad y el tiempo me confunden. Duermo mal, me despierto a mitad de la noche con el dolor en la pierna y la sensación de una urgencia que no existe. A cada rato pienso que me estoy olvidando de algo. Dormir tampoco es un alivio porque tengo pesadillas. Sí, ya sé, siempre fue así, pero ahora se repiten los rayos contra el vidrio, y otra vez me viene la sensación del mar que se lleva las cosas y me revuelve entre las piedras hasta dejarme sin aire.

* * *

Camino por la orilla juntando lo que deja el agua. Hoy encontré un pañuelo y una pelota desinflada. Los llevo los objetos al lado de mi carpa, los acomodo los objetos en fila india y los miro. Después hago los ejercicios para la espalda y me acuesto sobre el pasto; las chicharras me relajan, me quedo dormida sin darme cuenta. Si algún día vuelvo, vamos a poner una parejita en el patio de casa.

No como nada hasta que baja el sol, pero tampoco me da hambre, desde que llegué tengo el estómago cerrado. Estoy más flaca, ayer me descubrí dos huesos nuevos. Son lindos, filosos, dan ganas de chuparlos. A eso de las ocho, los que se vuelven a la capital siempre algo me dejan, y si no revuelvo las parrillas. El chico que cuida las carpas me convida mate dulce. En realidad no necesitamos demasiado, somos animales simples que nos inventamos problemas. Las voces están más tranquilitas. A papá ya no lo pienso. A vos, cada vez menos.

* * *

Ayer se inundó la carpa. Tengo la ropa mojada y ganas de volver a casa. Pedir empanadas, tomar vino tinto. O estar en la bañera, con el

cuerpo sumergido en agua caliente. No acá con una pala en la mano, cavando una zanja como una ridícula.

Pienso en las mañanas en las que tocaba el piano mientras vos leías en voz alta. Ese día que me asomé al patio, te dije que el cielo estaba azul eléctrico y vos dijiste que se decía azul Francia. Ese día lleno de sol en el que bajamos las persianas y alejamos los teléfonos. Tu lengua tenía gusto a menta y a yerba lavada. Nos miramos bien adentro de los ojos. Afuera se escuchaban los autos, los ruidos de la calle, las llegadas tarde, pero nosotros hacíamos de cuenta que nada de eso era real. Había que trabajar, limpiar la casa, vestirnos. Estaban por llegar tus pacientes. Entraba el sol por las rendijas de las puertas mientras planeábamos viajar a la nieve y dormir cerca de un fuego, desnudos, lejos de todo lo demás. ¿Y si nos casamos?, dijiste, y yo te mordí la mano. Casémonos, respondí en un susurro y volví a morderte. Vos me sostuviste la cara en el aire y pensé que te ibas a reír, pero en vez de eso cancelaste la sesión del nene con autismo. Pusiste un disco en alemán y subiste el volumen bien alto. Algo pasó ese día. Un campo magnético nos atrapó y nos aplastó y nos obligó a levitar. La cama se corrió de eje y tu cabeza quedó colgando entre mis piernas, en el hueco que se formó entre las sábanas y las paredes del cuarto.

* * *

Te mentí. Las cosas no se olvidan. Se acumulan, se agazapan, pesan cada vez más. Ayer soñé que mamá se tiraba de un balcón. Los sueños acá son más reales. Me desperté con los gritos incrustados en mi cabeza. La experiencia no ayuda. La segunda vez siempre es peor. El amor es una combustión absurda. Nadar en una pileta de kerosene mientras los chicos juegan con estrellitas navideñas en la parte poco profunda.

Estoy vieja y ya no sé cómo desprenderme de esto que siento, un bisonte me cubre. Intento domesticarlo, le hablo como si pudiera entender, como si le importaran mis razones. Mastico florcitas de manzanilla y evoco las olas de un mar tranquilo, el olor a caramelo derretido de la infancia, pero nada sirve. De pronto tengo la certeza de la muerte. La veo. Me repliego sobre mis huesos y hasta los ojos se vuelven vértigo. Los colores se confunden, aprieto los párpados y todo es saliva caliente.

Me dijiste que lo importante era atravesar las distintas etapas del

duelo y trabajar sobre mi tendencia a la exageración. El tiempo te va a volver mansa, prometiste cuando nos conocimos y te conté mis secretos. Pero mentiste vos también. Ahora no importa, es tarde para los arreglos, arruiné tus expectativas y las mías. De joven el mundo te perdona y te da plazos. Después la cosa cambia, nos quieren blanditas o liquidadas. Y yo soy puro callo.

* * *

Me incendio cada mañana porque no sé hablar. Nuestro lenguaje ya no me representa. El otro todavía no lo entiendo. Percibo una verdad oculta entre las sombras del pasto y en el centro del fuego que late adentro de una parrilla desvencijada. Cuando la quiero agarrar, tropiezo con un caracol. ¿En qué me estoy convirtiendo? Me lleno de baba. Ellos se burlan de mí. Yo me río sola, como una idiota.

* * *

Los de la carpa de al lado no me dejaron dormir en toda la noche. Detesto los fogones y las risitas eufóricas. Nadie debería nacer con menos de veinte años. En realidad nadie debería nacer, ya somos demasiados. El mundo derrama pus por todas partes. ¿No se dan cuenta? ¿Para qué seguir? Multiplicarse es egoísta e inútil. Si no sabés qué hacer con vos, menos todavía con otro. La ilusión de los pañales dura poco. Al año, con suerte, el bebé lindo se transforma en un estorbo. El amor pudre los cimientos. Nos llena los ojos de un líquido pegajoso. La familia forma un conjunto previsible de animales asustados que se atacan entre sí por aburrimiento o desesperación.

Mañana es lunes, por suerte esto se termina, quiero que se vayan. Que me dejen sola, para eso vine. El calambre de la pierna debe ser por el mal sueño. Toda la noche estuvieron dándole a la guitarrita. Tendría que haber conseguido algo para los oídos. La edad tampoco ayuda, es cierto. El sueño se vuelve liviano y la paciencia se atrofia. Andar acampando sola, qué osadía, me dijo la señora que vende los panes rellenos. Levanté los hombros. Yo no lo veo así, pero no importa. Más que osadía, es resignación. O no, lo opuesto. ¿Entrega? Sí, eso. Dejarme ser. Pero a la gente no hay que explicarle demasiado porque nadie entiende nada. A veces ni yo misma entiendo. Tengo tantos argumentos para un lado como para el otro. Cualquier opción

me parece igual de válida que la contraria. Me la paso discutiendo conmigo. Pero de eso nadie se entera. Últimamente camino calladita entre los árboles, como un fantasma, intento no pensar ni sacar conclusiones. Estoy mejor así. Anoche pude llorar. Eso es bueno. Una lágrima dedicada a la Cruz del Eje.

* * *

No se escucha ninguna voz humana. El silencio me envuelve como las alas de un insecto. Hablo para no desaparecer. Te hablo aunque sepa que no te hablo a vos, que me hablo a mí.

Tengo el pelo duro y enrulado. Una rasta chiquita me creció en la nuca, pincha como la lengua de un gato. Podría cortarla, pero me siento más verdadera así. Los pelos me hacen sentir protegida. Me brota un incendio forestal entre las piernas. Un deseo oscuro y tupido.

* * *

Tu voz volvió, ahora me viene a cada rato. No paro de acordarme de la euforia de nuestras charlas. No éramos jóvenes, pero teníamos lenguas que desbordaban. Era como si recién las conociéramos. Lenguas de estreno, voraces. Lenguas muertas de hambre. Hablábamos de día, de noche, en la cena, en la cama y en la ducha. A los gritos, en arrullos, en medio de la risa y del llanto. Hablábamos como vagabundos, como locos, entre el delirio y la grandeza. Todo el tiempo y de cualquier cosa. No tenía que ser un tema interesante, no tenía que ser un tema siquiera. Alcanzaba con una música, un puñado de palabras que salieran de nuestras bocas y se cruzaran en el aire que separaba los bordes.

A veces, cuando estábamos enredados y casi dormidos, las frases salían sin que pudiéramos controlarlas, se bifurcaban como ríos y terminaban en pantanos o en mares de olas inmensas, capaces de hundirnos. Entonces nos peleábamos, horas y horas discutíamos, hasta que en un momento olvidábamos las razones y alguno de los dos cambiaba el sentido del discurso y usaba la lengua como un misil dirigido hacia la boca del otro.

Otras veces hablábamos en la cocina y era como si flotáramos sobre las cucharas, los tenedores y las botellas de vino. Nunca nos quedábamos sin palabras. El silencio era solo el impulso necesario

para seguir. En el principio, la lengua, después vendría la historia. No teníamos nada juntos. No había casa, hijos, ni proyectos en común. Éramos libres: cada palabra, una elección. La posibilidad frente al deber que atascaba al resto de los mortales, a nuestros amigos casados. No veíamos películas, no escuchábamos programas de radio ni salíamos a cenar a restaurantes de moda, no hacíamos otra cosa que no fuera hablar. Y eso estaba bien. Somos insoportables, decía yo, hablando sobre tu pecho, mientras comprobaba que afuera estaba por hacerse de día. ¿Hace cuántos siglos que hacemos lo mismo? Basta. ¿De qué sirve tanta palabra? Y seguíamos, seguíamos, seguíamos.

Solo nos callábamos cuando nos besábamos o cuando leíamos en voz alta, que eran otras formas de seguir hablando. Vos me recitabas las historias clínicas de tus pacientes, los efectos secundarios de una nueva medicación o el índice de un libro que nunca íbamos a empezar. Yo leía la letra chica de los paquetes de galletitas y recitaba los versos de una antología de poesía que siempre llevaba conmigo y que me sabía de memoria. Hablábamos porque hablar era construir y destruir al mismo tiempo. Hacer aparecer y desaparecer mundos. Porque hablar no empieza ni termina, es todo un mismo devenir, un espacio propio, sin puntuación, donde podemos inventar las vidas que se nos ocurran. Hablábamos como respuesta política, contra el mutismo que ahora defiendo. Hablábamos hasta inundarnos y la lengua era la materia que nos mantenía vivos. Y nos prometíamos un hablar eterno, hasta que la muerte nos callara. Hablábamos como ejercicio de la locura. Para no tener límites. Para llegar a eso que no podía ser hablado. Entonces, nos mirábamos y por un segundo se hacía silencio —un silencio profundo, grave—, y en la fisura encontrábamos eso imposible de nombrar, lo que nos unía de verdad.

Estuvimos así durante años, hasta gastar las palabras, hasta que la voz se apagó y se volvió finita y de un mismo color. Hasta que las palabras dejaron de hablarnos y se transformaron en adornos embalsamados. El mundo entero se volvió mudo.

Mejor.

Si ahora estoy acá es por el silencio. El silencio es una astilla que late adentro de mi cuerpo. Puedo escuchar las escamas del pez que se agita contra la corriente. El pájaro que aletea y se deja arrastrar por el viento, contra la marea que sube y me inunda.

* * *

Durante el día me copio de los perros, los buenitos, esos que bajan el hocico y esperan las sobras con la cola entre las patas. Así todos quedamos contentos. No me importa que piensen que estoy loca. Nadie se salva. A esta altura para qué fingir.

Masajeo la pierna para destrabar el nudo. De a poco el dolor afloja, se ablanda. Miro la hora, recién son las seis y media. Me pongo la remera de mangas largas y levanto el cierre de la carpa, solo un poco, lo suficiente para ver el color del cielo. Azulcito otra vez, qué fastidio. Una hormiga quiere entrar, pero no la dejo. La tiro lejos como si fuera una colilla de cigarrillo. Qué ganas de fumar. El humo de la mañana promete cosas grandes. Pero no tengo tabaco ni fuego. Vida miserable, digo mientras me toco con un dedo para calmar la ansiedad. No sé de dónde vienen estas ganas. Me paso el día en estado de rocío interno. Caliente.

Allá abajo, en el río, dos hombres pescan. Los tengo vistos, deben ser del pueblo, vienen los domingos a usar las parrillas. Podría pedirles a ellos. Seguro tienen paquetes de veinte, repuestos, encendedores, fósforos. Los pescadores son así de precavidos. Yo tendría que haber nacido pescador. De mar. Sí, esa es la vida que me hubiera gustado. Cruzar la rompiente, tener los brazos firmes, el pelo revuelto, el sexo siempre salado. Pero tengo más de cincuenta años, soy mujer y todo pasó demasiado rápido. Si pudiera levantarme, saldría así como estoy y les pediría un cigarro. Aprieto mi pierna y escucho el latido. Todavía siento el cosquilleo.

* * *

Hoy se cumplen tres semanas desde que me fui. Tengo olores nuevos. El sexo fresco, las axilas como hierbas aromáticas. Mis pelos desprenden polen. A veces los chupo. No me doy asco, me excito conmigo. Hay días en los que siento que ya estoy curada, pero otras veces lo único que hago es pensar en nosotros, intentar borrar la imagen de papá. Es mentira que ya no están conmigo. Forzar el olvido es una pérdida de tiempo. Me despierto y las horas me cansan de solo imaginarlas. Árboles, tierra, agua. Subte, supermercado, tránsito. Al final todo daba igual. Al menos ahora la desesperación se volvió tedio.

No quiero nada que no salga de mí. Tal vez no tendría que haberme ido. Quizás la solución era ahorrar energía. Hacerme budista. Ser como una ligustrina, quietísima, bien podada, ordenadita. O

jubilarme. Volverme líquida. Jugar a las cartas los domingos. Comerte. Empezar por los dedos de los pies y subir, de a poco, enredando mis dientes hasta devorar tu cerebro enciclopédico. Morir en pantuflas frente al televisor. Cobrar un aguinaldo. Gastarlo todo en medias y calzones blancos. Oler a lavandina. Ser aséptica. Formar parte de un cineclub para la tercera edad. Simular demencia senil. Salir con un veinteañero. Tener hijos, ansiar nietos. Masturbarme en una plaza. Entregarme a las cirugías estéticas. Sacar la reposera a la vereda. Dejar que me penetre un hurón.

Salgo de la carpa en cuatro patas, me acuesto sobre los yuyos y cierro los ojos. Debo parecer una mujer tranquila. Tal vez en el fondo lo sea.

* * *

Dos nenas se trepan al ombú. Se empujan y se ríen mientras los padres gritan cuidado. La sabiduría del tiempo, otra mentira. Sé de mí menos que cuando nací. Cuidado, vuelven a gritar, y la imagen de tu cadera se me viene de pronto. Quiero montarla. Toco el pasto, lo aprieto en mi puño mientras me mastico el labio. Recuerdo esa noche aunque no quiera. Me humedezco como una hortensia. Dejo que me copulen los mosquitos. Los pétalos lubricados se desprenden de mí y caen sobre el rocío. Fuimos dos sombras flotando contra la pared. Cuidado, dijiste antes de partirme. Me acuerdo bien de esa palabra porque fue la última. Cuidado. Lo mismo que dicen los padres. Después fumamos en la cama mientras yo recorría tus lunares con la punta de los dedos y deseaba el fin del mundo.

—Señora, ¿está bien? —pregunta la voz de una mujer desde las alturas. No respondo. Hago una mueca, la mano se agita en el aire.

Vuelvo a vos. A tus huesos, la espalda firme y resbaladiza por la transpiración. Ay, el placer de clavarte las uñas, la saliva dulce en el borde de la boca. Yo suspiraba mientras vos gemías. Balbuceabas como un animal en celo mientras yo desbordaba teorías conspirativas y declaraciones de amor. Hasta que el orgasmo nos separe, te dije una vez y te arranqué la piel con los incisivos superiores.

Hacías ruido y tus labios raspaban. Me succionabas. Querías que saliera leche. ¿No ves que soy vieja?, te decía. Siempre jugábamos a lo mismo, a la juventud que no habíamos tenido juntos. Presente y futuro se nos hacían poca cosa. Quiero tu leche, insistías, y chupabas y

chupabas y chupabas. Después bajabas un poco más, despacio, te dejabas caer en mi pubis. Eras un vampiro hermoso buscando sangre. Metías un dedo profundo, pero salía intacto. Metías dos, y tus gemelitos brillaban húmedos, transparentes. No hay más. Ni sangre ni leche, decía yo desde el otro lado mientras te sacaba los dedos de adentro como si fueran raíces.

No había forma de hacerte entender. Un día te di una patada. El hueso de tu nariz se quebró contra mi planta del pie. O casi. Después te besé. Entonces me quedé con tu sangre. La mía no te la di.

La epifanía llegó después de un coito interrumpido. Me di cuenta de que te habías quedado dormido cuando escuché lo que tenía para decirte: ya no te amo. ¿Así fue? Me acerqué a tu miembro blando y me quedé sin aire. Te desperté, llamaste al médico a domicilio. ¿O fue a la ambulancia? Me acostaron sobre una camilla fría y me enchufaron cables en el cuerpo. Después me recetaron Rivotril y dos días de reposo. Cuando se fueron, te enojaste. Ya deberías saber diferenciar, dijiste, y volviste a la cama. La pastilla fue a parar al tacho. Necesitaba estar lúcida más que tranquila.

¿A quién quería matar en realidad? No había más sombras en las paredes, un sudor único y mudo. La oscuridad en el centro de todo. No te moviste siquiera. Creí que ahora eras vos el que no respiraba, pero resucitaste en mi boca sin darte cuenta. Tus espermatozoides tristes salieron vestiditos de luto y fueron a parar a mi garganta. Entendieron todo antes que vos. Después te dejé ahí, semidesnudo en nuestra cama, y corrí a escupir a tus nenes en la bacha de la cocina. Traeme un vaso de agua, abrazame como antes, dijiste, y me arranqué los oídos.

* * *

El día está lindo. Una familia de cuatro toma mate sobre un mantel. Las flores silvestres forman un manto que clausura la tierra. La mujer tiene los cachetes rosados, es tierna como un brote. Él no la mira ni la toca ni le habla. Ella tampoco. En el medio, los retoños se pelean por un paquete de galletitas. Los padres ignoran con esmero a la descendencia. Miran pasar el agua como si fueran camiones de carga.

Aunque el encargado del camping me pide que sea discreta y me instale en lugares apartados, busco un espacio cerca de su mantel. Doy vueltas como una perra hasta encontrar el sitio indicado. Me saco la

remera y me acuesto estirando los brazos, que pronto se transforman en las ramas de un álamo. Las tetas se me esparcen hacia los costados como porciones de gelatina sin sabor. Los nenes se ríen, el padre mira a la madre y la madre se acomoda el bretel de la malla, se pone un pareo encima y le dice algo al marido en voz baja.

Finjo locura. De aburrida que estoy. Dedico frases a las nubes. Me muerdo una uña del pie. La madre agarra a sus hijos en brazos, discute con el marido y se aleja sin volver a mirarme.

El hombre junta el mantel, las galletitas, el mate. Lo hace despacio, con fastidio, sin dejar de robarme la energía con los dientes. Escupo al aire. Mi saliva cae sobre su ojota. De su entrepierna se asoma algo que parece una ciruela. Cierro los ojos, otra vez. Escucho sus pasos como tractores que se alejan. Su voz negra me grita vieja desubicada. Después, el sonido del río y del viento contra las hojas del aguaribay. Me duermo. Sueño que un animal me mordisquea la espalda. Abro los ojos bajo el calor de una toalla desteñida.

* * *

Qué estarás haciendo ahora. Con quién.

* * *

El amor no era más que eso, una manera de sobrevivir. Un mecanismo de defensa que mi cuerpo sabía ejecutar de memoria. Tapar las heridas con aguijones azules hasta volverlas invisibles. La fascinación, las promesas de eternidad, el hambre: todos trucos del sistema nervioso para huir de la muerte. Abejas penetrando el néctar de un puño roto.

Durante un tiempo lo nuestro fue útil, pero después los días volvieron a perder consistencia. Mirarte a los ojos comenzó a ser una catástrofe. Caer en dos pozos sin brillo. Pero no dejás de estar conmigo. Eso me hace dudar. Te veo —te escucho— en todas partes. No logro desprenderte. Ahora mismo estoy contra este árbol y te veo susurrar de espaldas. A vos te veo, no a él. A cada rato me viene la sensación de tu cuerpo, el fuego que hicimos juntos cuando teníamos todo el tiempo del mundo para acumular fracasos. ¿Te acordás de las caminatas por el costado de la ruta? Extraño los viajes en colectivo bordeando la autopista, extraño tocarte. Te extraño a punto de acabar

en mi boca, extraño las noches de dormir entrelazados, con una entrega que no pensé que existía. Extraño, sobre todo, tu olor. Tu olor cuando todavía me gustabas. En un momento dejé de sentirte, ya no olías a nada.

* * *

Antes de conocerte yo no era así. Me volví oscura después. Vos abriste algo, me hiciste un tajo. ¿Transferencia le dicen? Jamás miré a nadie y nadie me miró con tanta verdad. Todavía me das vértigo. Había adentro una zona clausurada, la agujereaste. Una especie de herida. Nuestros cuerpos sumergidos. ¿De qué otra manera se puede decir el amor si no es con las manos temblando? Lo más alto es, también, lo más bajo que se puede caer. La intensidad de lo nuestro me reveló el sentido —o el sinsentido— mismo de la vida. Todo lo demás ahora me parece superficial. Si me fui, no fue porque me faltaras, sino todo lo contrario. A veces te escribo cartas que no voy a mandar. Imagino nuestra vida acá, comiendo frutas, haciendo fuego. Odiándonos un poco.

¿A quién le hablo en realidad? Estoy sola. ¿No era eso lo que quería? Cuando llueve, el cielo me responde. Intuyo en las gotas una verdad. Pero no la entiendo.

* * *

Ahora que lo pienso algo del final habías captado. Resentido. Te dije no quiero y te salió un sarpullido en la frente. Nunca soportaste un no. Eras como esos cactus que crecen sobre las piedras. Terco. Me pinchabas, lo disfrutabas. Acá estoy yo, decías. Soberbio. No te conviene enfrentarme, puedo clavarte una astilla en el centro. Ególatra. Puedo herirte, mi amor, pero jamás lo haría, soy tu hombre retráctil. Maníaco. ¿Qué, no me conocés? Juguemos a la felicidad. Manipulador. Te invito un café con leche y medialunas. Psicópata. Mirá cómo guardo mis espinas, mirá cómo las oculto, que nadie las vea, mirá cómo te aplasto contra el mármol, mirá cómo me crecen sanguijuelas para vos entre las piernas.

Inmundo.

Me pusiste nerviosa. Sin pensar te pegué otra patada, esta vez en los testículos, con la nariz no había alcanzado. Después te pedí

disculpas, siempre teníamos el mismo modus operandi. Del miedo a la vergüenza y de la vergüenza a la culpa. En el medio, la furia. Perdón, fue sin querer, dije con voz de virgencita, el café con leche me da acidez, mejor nos quedamos en casa. Y preparé fideos con crema. Jugué el papel, me escondí entre las sábanas blancas. A la madrugada me arranqué los padrastros hasta hacerme sangrar. Las manchitas en la almohada parecían bichos, me gustaba verlas. Pensar que no eran mías, que eran de otra. Apreté los labios y, como si no me importara, me fui por el hueco que habías dejado en el colchón. Dormí profundo y soñé con las cataratas. Un agua inmensa me limpiaba.

¿Quién puede decir qué es verdad y qué no? Ensayo versiones. Por ejemplo, me desperté al mediodía con los pies helados. Afuera había sol y me dio bronca. Recorrí la casa buscando algo útil, pero no encontré nada. Repetí tu nombre contra la puerta de la heladera abierta. Me comí un pedazo de queso y volví a acostarme. La sal me aclaró las ideas. Jaque mate, escribí sobre el vidrio después de bañarme. Cuando volviste —¿volviste?—, era yo la que faltaba.

* * *

El lugar está bien. No necesito más. Como es temporada baja, casi no hay gente. Los fines de semana las familias me dejan sus restos, bolsitas de cereales o pedazos de carne con grasa. A los nenes les gusta alimentar a los perros, así que me sumo a la manada y aprovecho las sobras. ¿Te dije que el chico encargado me convida mate dulce? Y sopa paraguaya, que hace su mujer. Lo de chico es un decir, pero para nosotros no deja de ser un chico. Todavía no se le murió nadie, y aunque tenga la piel curtida mantiene esa fibra de juventud que lo puede todo. Se aburre, pobrecito. Se pasa horas encerrado en la casilla con el celular en la mano. A veces lo espío, casi siempre mira pornografía. Le calienta la categoría transexual. Tiene una pija enorme y oscura que zarandea para todos lados. No acaba nunca. Ni una gota derramada en vano. Debe ser religioso. Aurelio se llama. El resplandeciente.

* * *

La gente de por acá duda de mí. A nadie le gusta que no hable. Algunos se acercan como si fuese una rareza del zoológico, un animal

en peligro de extinción. Preguntan si necesito ayuda, ir al hospital o usar un teléfono. No respondo. Hago un gesto con la cabeza y guardo las provisiones dentro de la campera impermeable. Piensan que estoy enferma o mal de la cabeza. Se ve que hago bien el papel, salvo porque no me gusta que me vean comer. Prefiero hacerlo a la noche, cuando todos duermen y se besan en las carpas.

Otros tienen miedo, se alejan como si la soledad fuera algo contagioso. Tranquilos, que es un trabajo de toda la vida, les digo sin mover la boca. Pero no escuchan. Abrazan a sus hijitos y los distraen con el vuelo de un chimango. Me observan a la distancia, hacen de cuenta que no me ven. Yo les guiño un ojo.

Aurelio me dijo que si no cambio de actitud me va a tener que echar aunque no quiera, parece que la gente se anduvo quejando. Les molesta la espontaneidad de una.

* * *

No me baño porque ya está haciendo frío y porque parte del proceso en el que estoy incluye reconocer mi cuerpo en estado puro. ¿Existe algo así? Mis uñas crecen fuertes y mis piernas están cubiertas por una capa de pelos negros que acaricio en sentido contrario antes de dormir. Son espinitas suaves que me cuidan de los bichos. Es increíble cómo la biología tan pronto se pone a tono con las necesidades.

* * *

Cuando empecé a ir al consultorio, lo que me excitaba eran tus años. Cada vez que hablabas, tus pómulos se metían para adentro. Yo te miraba el cuello y me imaginaba cómo sería tu piel mojada. No tardaste mucho en abandonar tu rol profesional, dijiste que te gustaba todo de mí. Después, al poco tiempo de que me mudara con vos, me acusaste de ser salvaje y egoísta. De arruinar el tiempo libre, los domingos y los viajes que hacíamos juntos. Yo pataleaba y juraba que no era cierto, después corría al precipicio de la amenaza y me detenía justo antes de tirarme. Me gustaba lo espectacular del asunto. No sabés todo lo que puedo, te decía con la cuchara llena de tomate en la mano. Cuánta histeria, murmurabas vos, y el dolor en mis cervicales se volvía una langosta sobre el agua hirviendo. Mi piel entumecida se llenaba de fiebre. Me servía más vino y elegía la indiferencia. Para qué

todo esto, preguntaba mientras revolvía el fondo del tuco.

Creí que había cambiado gracias a tus recetitas. Pero no. El abismo seguía existiendo. Ahora lo sé: nunca voy a estar a salvo. No lo entendías. Te enojabas cuando me veías nerviosa dando vueltas por la casa sin poder frenar. No soportabas mi aburrimiento, esa ansiedad que crece como el musgo y empieza a llenar todo hasta que tu vida se transforma en una superficie resbalosa. Para vos la angustia era complejo de clase media. Un ajuste en la medicación. En mi familia nunca hubo tiempo para deprimirse, por eso me dedico a lo que me dedico, decías con esa superioridad que siempre odié.

Querías saber por qué había dejado de besarte. Buscabas razones. Sií te beso, mirá, decía yo y me sumergía en tu boca como quien entra desnuda a un mar helado. Primero un pie, después otro, y al fin el cuerpo entero, pero resistiendo, con las venas contraídas y los ojos muy abiertos. Querías saber por qué mi lengua ya no era esa anguila queriendo penetrarte. ¿Por qué?, repetías.

No llegaste a conocerme. No fue tu culpa. Nadie llega a conocer a nadie.

* * *

Llueve desde temprano. Gotas gordas aplastan los yuyos y forman huecos en la tierra. Hoy Aurelio no vino, así que uso su casilla. Me puse bolsas en los pies para no mojarme. Los sapos salen de sus cuevas y todo parece más verde.

Un grupo de niños exploradores junta cosas en el barro. Avanzan en fila, prolijos, con sus trajecitos color caqui. Creo que son evangelistas. A la noche forman círculos y rezan, también le cantan al fuego. Los coordinadores son dos hombres jóvenes que parecen viejos. Tienen el gesto detenido, una sonrisa de labios sellados. Hablan del Señor y agachan la cabeza cada vez que me ven.

En el camping todo el mundo está de paso, salvo los árboles y los perros. Uno busca por instinto acercarse a lo semejante. Acá me siento más ellos que ninguna otra cosa. Aprovecho los mediodías tirada sobre el pasto y duermo, me dejo ser. Anclada en la tierra percibo diferente.

Hay dos árboles que me gustan. El aguaribay que está cerca del río y la araucaria de la proveeduría. El aguaribay tiene ramas gruesas que sirven para treparse y mirar el agua sin que nadie me moleste. Cuando hay viento, habla. Aunque todavía no lo entiendo, su murmullo me

aclara las ideas, me tranquiliza más que tus fármacos. La araucaria la visito cuando me invade la urgencia de comprobar que tengo un cuerpo que todavía duele. Arranco las hojas secas y me pincho las yemas de los dedos hasta ver los botoncitos rojos. Me da placer que me brote la sangre redonda y fresca. Me siento viva.

No te preocupes, desde que me fui estoy mejor. Acá puedo pensar. Y pensar es un alivio. No lo hago solo con la cabeza, pienso con las manos, con la panza, con la lengua y hasta con las rodillas. El cuerpo hace sinapsis y conecta neuronas olvidadas. Es increíble de lo que somos capaces. El pensamiento se funde con las piedras que hay abajo del agua. El pensamiento sal, el pensamiento aire, el pensamiento barro que se cuela entre mis dedos. Necesitaba volver. Aunque no lo entiendas, los dos sabemos que este es mi lugar.

* * *

Amaneció con sol, me desperté temprano y comí un poco de pan con moras que arranqué del árbol, son las últimas que quedan. Ahora miro a los exploradores formar filas indias detrás de los álamos, mientras una nena gorda pasea con su muñeca por todo el camping, va de un lado al otro, de las carpas a la orilla. La mece con fuerza y cada tanto frena para alimentarla, le mete pasto en la boquita. Duerme, duerme, canta sin ganas. Al rato la deja tirada en la arena. Corre hacia el río con todo su cuerpo macizo y se acuesta boca abajo. Se queda ahí, con los labios entreabiertos y el pelo recogido hacia atrás en una especie de rodete improvisado. Un chico aparece entre los arbustos y le salpica la cara. Se mete al agua y apunta con una pistola de juguete al pecho de la nena, que se abulta los rollos y hace de cuenta que le crecieron las tetas.

El chico le tironea la pierna, insiste para que entre con él. Ella se ríe tapándose los dientes hasta que rueda por la orilla y se sumerge sin sacarse la ropa. El vestido de flores se vuelve transparente. El chico se saca la remera y se la pone en la cabeza como si fuera un turbante. Se para sobre una piedra mostrando su cuerpo recto y fibroso, saca pecho y levanta los brazos todavía lampiños. Desde el sector de parrillas una mujer grita ¡a comer! La nena no responde, el chico dice ahora vamos.

Yo los miro desde el aguaribay. Encuentro un parecido en el brillo incómodo de sus ojos. Hay algo tenso y familiar en la boca de los dos cuando sonríen. La nena se levanta, el agua le llega a la cintura. Dobla

su cuerpo hacia adelante y mete la cabeza abajo. Él mira su pelo ondulado flotar como un camalote. Parece hipnotizado. Al rato, una burbuja brota de la oscuridad del río. La nena no sale. El chico se acerca de un salto y le aplasta la cabeza, la sumerge profundo y después la arranca de un tirón hacia la superficie. Ella tiene los cachetes inflados, la cara roja, escupe agua en el torso de él. Se pelean. Se trenzan hasta que el cuerpo de ella gira y vuelve a estar boca abajo contra la arena. El chico la agarra de los brazos, dispara contra el cielo y dice ¡te tengo! Mientras juegan a la guerra, el chico hace un movimiento como si quisiera entrar en ese cuerpo aguado y robusto, lleno de pliegues y fluidos, que se mueve debajo del río. De pronto el elástico cede y algo se desprende del límite. La expresión del chico se pone rígida. Se asusta. Deja que el remolino del agua se calme y sin querer se le adormecen los ojos, mientras la nena se ríe y mueve las piernas para todos lados.

La mujer de las parrillas vuelve a gritar que ya está la comida servida. Dejen de pavear o se quedan sin postre, dice desde lejos. El chico se tira de bomba, desaparece abajo del agua. Sale de repente frente a la boca de la nena, que le escupe la cara al mismo tiempo que él la agarra de los hombros. Ella lo empuja y se levanta despacio, limpiándose con las manos los restos de barro, sacándose las hojas deshechas que se le quedaron pegadas al vestido. Se acomoda las flores del estampado mientras él se burla de su gordura. Ella lo corre hasta la orilla, lo tira al piso y le muerde un hombro. Después va a buscar a su muñeca. El chico grita ¡te voy a matar! Después llora y se vuelve un nenito tímido en calzoncillos, se seca las lágrimas y se sorbe los mocos. La madre llega y los envuelve con toallas azules. Les jura que si siguen peleando se pudre todo.

* * *

Estoy sucia. Tengo callos en las manos y la boca raspada de tan seca. Me pregunto si me reconocerías en este nuevo estado. Si apoyo la lengua sobre mis labios, puedo sentir el gusto de la sangre. Me acuesto cerca de los perros, a orillas de un río oscuro que desemboca en una bahía donde las fábricas tiran basura. Respiro el aire putrefacto de un océano que resiste allá lejos. Espío la vida de los otros. Así es mi vida ahora. Ajena.

A veces sueño con tu abrazo, aunque no lo extraño. Me despierto

sin saber dónde estoy. Los árboles en la noche me asustan, pero son los únicos que saben de mí.

Sigo hablando para no perder la conciencia. La palabra me salva. Es el hilo del que voy a tirar hasta que se quiebre. Ayer entré en la casilla de seguridad mientras Aurelio se bañaba. Las cenizas de papá las dejé en el agua. Una parte la usé para condimentar el arroz sin sal que me dieron los vecinos de la carpa de al lado. Ahora lo tengo conmigo para siempre.

* * *

Miro mujeres que te gustarían. Las deseo como si tu hambre estuviera adentro mío. Quiero ser vos para no perderte del todo. A veces me asusta quedarme sola. Que nadie me entienda. Miro la curva de unos labios morados e imagino cómo los besarías. Desvisto de lejos a ese grupo de chicas como sé que lo harías con la piel gastada de tus manos. Me desparramo sobre el pasto con los dedos apenas empujando el clítoris, la punta del índice presiona el centro, ahí, sí, justo ahí. Me encajo en la boca de la mujer de la cabaña tres. Se me escapa un gemido. Soy, de pronto, una criatura del aire. Aurelio, el guardia, se acerca y dice por favor, esto es un recreo familiar. Lo ignoro. Basta, no va más. Y le acabo en la cara. Me van a rajar, loca, insiste. Si no te echo, me echan a mí. Después se aleja y me muestra sus marcas de nacimiento. Tiene dos.

* * *

Se quedó hasta después de hora para hablarme. Aurelio dice que le caigo bien, pero que la cosa se pasó de la raya. Le dije no tengo adónde ir, me voy a empezar a comportar como una señora. Pero no le importó. Te tenés que fletar, dijo, y ofreció llevarme a un pueblo que hay más al sur, donde tiene que ir a hacer unos trámites. Dice que está ahí nomás de un bosque que me va a gustar, que me puedo instalar tranquila, que nadie me va a molestar porque es tierra de nadie y que cualquier cosa que necesite tengo el pueblo ahí cerca. No tenía ganas de discutir, así que le acaricié la frente. Lo que vos quieras está bien, hijito, le dije y le guiñé el ojo.

* * *

Nos despertamos temprano. Antes de salir, me obliga a lavarme con el agua helada del río. No quiere que lo vean paseando en la chata con una linyera, dice y sonríe. Después me abraza con una manta a cuadros que huele a humo y a sexo. Ayer volvimos a pasar la noche juntos, es la tercera vez. Si no te conté antes fue porque no tiene importancia. Miro sus brazos peludos, las pecas y las uñas lisitas que tiene, como planchadas. Acerco mi cabeza a sus manos y mastico cada uno de los dedos. Saboreo su piel dura y recuerdo el encastre perfecto, su miembro alzado entre las crestas ilíacas.

* * *

Ordeno mis cosas en el bolso naranja y me aparece la imagen de tus pantorrillas. Gruesas, firmes, con las venas bien marcadas. Cómo me gustaban tus piernas. Intento recordar tu voz, pero no me sale.

Aurelio te caería bien, podría ser nuestro hijo, ese que siempre quisimos. No sé por qué me negué cuando estábamos a tiempo. Traer hijos al mundo me parecía una voluptuosidad innecesaria. Ahora me arrepiento. Quisiera muchos. Miles de hijos desperdigados por la tierra. Saberme madre de poblaciones enteras. Podríamos adoptarlo a Aurelio, darle tu apellido y el mío, dormir los tres en una cama limpia, en un departamento del centro. Llevarlo al cine los domingos.

Aurelio no sabe nada de sintaxis, por eso lo hace tan bien. Se entrega a lo primitivo como si fuera un lobo. No pregunta, no explica ni pide explicaciones de nada. Eyacula con una furia desconocida incluso para él. Después se sacude los restos y se sube el pantalón de un solo movimiento. Le enseñé a desperdiciar. Todavía le da culpa, pobrecito, no entiende nada, pero le gusta. Si lo miro desnudo, se avergüenza. Cuando terminamos se va a tomar mate a la casilla. Ya no mira tanta pornografía. A veces me aburre.

* * *

Un beso, le digo, un besito, vení, Aurelito, vení. Pero no. Dice que no es bueno engolosinarse tan temprano y que ya hicimos la despedida. Te daría gracia cómo pronuncia la o. Engoooloooosinarse, dice, y su boca se vuelve un tubo. Me da la mano como si fuera una nena capaz de perderme, a mí, que podría ser su madre, incluso su abuela. Me lleva tironeando hasta la salida del camping y yo me dejo arrastrar.

Caminamos por las calles de tierra, los perros nos siguen hasta llegar a una camioneta destartalada, su famosa chata.

El viaje es largo pero se pasa rápido. Nos damos la mano a veces. Pasando el peaje el ronroneo del motor le provoca una erección, dice que las calles son irregulares y que la vibración lo excita a su pesar. Así dice: a mi pesar.

Llegamos al pueblo antes del mediodía. Aurelio me saluda como si me hubiera levantado recién de en la ruta. Buena suerte y el brazo del corazón hacia arriba. Me quedo ahí con la carpa envuelta en un plástico negro y el bolso de mamá mirando el humo que larga el caño de escape.

* * *

Caminé durante horas por el borde del río sin saber qué hacer. Después giré por las calles de tierra hasta encontrar una plaza. Había una nena sentada sobre un banco con una bicicleta roja estacionada al lado de un árbol. Le pregunté la hora y, aunque tenía reloj, no me respondió. En la plaza todo era prolijo, ni un solo papel fuera de lugar. Hasta las plantas parecían falsas.

Pensé en vos. Intenté escucharte en mi cabeza, mantener un diálogo, pero ya no estabas. Te me borrabas como un paisaje lleno de niebla. Qué alivio. Seguí caminando. El calor y el hambre empezaban a marearme. De un almacén salió una mujer renga con un chico en brazos. Hola, le dije, y se escabulló como un animal por una callecita con nombre de prócer y jardines decorados con malvones. Entré a pedir un vaso de agua. Un hombre pelado y chiquito jugaba solo a las cartas. Había poca luz y olor a humedad, algunas mesas vacías con manteles a cuadros. Sin mirarme, dejó el juego y se fue para el fondo; volvió al rato con un vasito de cumpleaños que le temblaba en la mano. Tomé un jugo empalagoso y agradecí. No dijo nada, apenas hizo un gesto con la cabeza y volvió a sus cartas.

Me fui confundida. No supe si era la presión, que estaba baja o alta, o ese pueblo que me licuaba el cerebro. Seguí caminando, aburrida de mí. En la calle ni un alma. Solo silencio y un sol tremendo quemándome la piel. Todo liso, seco. Sentí la náusea. Me agaché a vomitar detrás de un cantero de flores.

* * *

Acá la lógica pierde sentido. Después de dar muchas vueltas, volví a aparecer en la esquina del almacén. Me detuve a mirarlo, creo que era el mismo, una casona antigua con un cartel en cursiva. Tenía las ventanas tapiadas con un par de tablas de madera mal clavadas, pero la puerta estaba abierta. Me acerqué y aplaudí. Del hombrecito ni rastro. Parecía otro lugar, como si hubiera pasado mucho tiempo. Buen día, grité, y. Y una criatura blanca se asomó del mostrador. Era una mujer fuera de foco. Buen día, repetí. Y sonrió, apenas. Aunque ambiguo, me agarré de ese gesto. Necesitaba confiar en alguien. Fui hasta donde estaba casi sin tocar el suelo. Cuando la tuve enfrente, me dio la espalda.

Me quedé ahí sin saber qué hacer, mirándome las manos, la rugosidad de las líneas de mi piel, como si pudiera encontrar alguna respuesta. Al rato volvió y se puso a echar sahumerios por todas partes. Su manera de moverse tenía algo hipnótico. Me acerqué atraída por esa fuerza extraña que desprendía su cuerpo. Le pregunté cómo se llamaba.

—Diamela —respondió.

Era hermosa. Pero no de una belleza común. Había algo en sus gestos, en la manera de mirar. Detrás de los ojos escondía un latido carnívoro que me inquietaba. Sentí de repente ganas de llorar. O de chuparle el cuello. Necesitaba estar cerca. Busqué excusas. Le ofrecí ayuda, doblé los manteles de las mesas vacías. Ella recibía mis buenas intenciones con una mezcla rara de amabilidad y fastidio. Me dijo que a esa hora casi nadie entraba ni pedía nada, pero que igual mantenían abierto. Por las dudas, dijo, y movió las manos con exageración mientras limpiaba los cartones de leche larga vida. Cada palabra la acompañaba con los brazos en el aire, como si bailaran en un tiempo paralelo. Después me invitó a pasar y nos sentamos sobre unos troncos que había en el terreno del fondo. Prendimos un cigarrillo armado. Mis piernas se iban sin querer hacia las suyas. Nuestros muslos se rozaron. Ella dejaba salir el humo despacio y el mundo se volvía un lugar liviano y confuso a la vez.

* * *

Pasamos el resto de la tarde juntas. Diamela hablaba fascinada sobre los poderes de las piedras. Sus teorías me parecían ridículas, pero la escuché sin decir nada. Me gustaba estar con ella, el tono grave y

musical de su voz. Cuando se hizo de noche me dijo que si no tenía adónde ir podía poner la carpa ahí, donde quisiera. Los encuentros son destino, dijo, yo sabía que ibas a llegar. Te estaba esperando. El oráculo no se equivoca: «Vivimos temblando de la insolencia. Musas: venid a descansar a mi palacio. Ninguna ninfa más hermosa que Siringa». Ovidio, linda, descansá tranquila.

El hombre chiquito nunca apareció, ella no lo mencionó y yo tampoco. Me quedé. A la mañana siguiente, comimos gajos de naranjas debajo de la parra. Me preguntó si podía leerme el iris. Necesito practicar, dijo. Observó mis ojos de cerca, como si ahí adentro se ocultara el secreto del universo. Se mordía el labio. Me provocaba. No hizo preguntas. Yo tampoco. Fue un alivio. Una complicidad natural nos dejaba estar sin tener que parecer. Había algo en nuestro silencio. En un momento nos dimos las manos, casi sin querer. Los dedos comenzaron un movimiento lento, como si fueran los tallos de un alga debajo del agua. Cerré los ojos.

—Amado Zadquiel, transmutación y liberación —susurró en mi oído.

Con ella todo pasaba demasiado rápido y lento a la vez, me dejé llevar. Fuimos al baño, sin preguntar agarró una tijera larga y plateada y me cortó el pelo. Dijo que para el proceso en el que estaba convenía andar liviana. Mejor así, linda, más despejada. Y apoyó su mano sobre mis omóplatos. El piso se llenó de rastas y de pelo enredado. Mi propia mugre desparramada. Agarré un puñado, parecía un nido de paloma o el pubis de una adolescente. Después volvió a concentrarse en mi iris. No me molestaba que me viera así de cerca. Todo está acá, vas a encontrar tu nombre nuevo, dijo. ¿Mi hombre?, pregunté. Tu nombre, nena. Y me besó. Sus labios estaban húmedos y tenían sabor a sal. Era como devorar una aguaviva. Al fondo de su garganta, el tabaco áspero me hizo cosquillas. Fuimos al cuartito que había pasando la hilera de álamos. Mi piel desprendía un olor desconocido, como si de pronto no me perteneciera.

—Hibiscus, ipomea y una pizca de pirita —dijo ella—. ¿Querés un pucho?

Nos sentamos sobre un colchón desteñido y empezamos a reírnos. No era yo la que reía, era otra. Diamela se dio cuenta, me agarró la cara con las dos manos, frotó mi nuca y volvió a besarme, como si me supiera de memoria. Esta vez su lengua se movió adentro mío con fuerza. De su paladar se desprendían protuberancias, pequeños sexos

que se sacudían en mi boca. Yo nunca… le dije en voz baja. Yo tampoco, respondió, y su dedo se metió de pronto en mi cuerpo. Creo que mentía. Me penetró con la agilidad de una culebra.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que mis dientes se animaron a correrle el vestido. Abajo latían dos frutas maduras y ácidas. Sus tetas salticaban.

—Sos crocante —me salió decir.

—Y vos sos pura ambrosía —respondió, y no entendí. Qué enroscada, pensé, no la entiendo. Pero no entender había dejado de ser un problema.

Apenas me rozaba la oreja con los labios. Empecé a tocarla y me sorprendió lo fácil que me salía, era como estar adentro mío. Nuestras respiraciones se mezclaron. Su excitación me excitaba. Coger era multiplicarnos. Un placer de espejos infinitos. Más profundo, dijo, y seguí hasta que un grito de pájaro se derramó entre sus piernas. Mis dedos se llenaron de agua,; me incliné a recibirla y de mi estómago nació un sexo lleno de plumas y leche tibia.

—¿Qué es esto? —dije entre asustada y sorprendida.

—Mi nido.

—No sabía.

—Claro —contestó, y empezó a jugar con su lengua hasta que yo también me desprendí.

Nos hicimos agua. Era todo tan suave que parecía irreal. Acabé con la quietud de una planta cuyas raíces provocan un terremoto. Nadie se dio cuenta de que no era la misma. Nadie percibió el estallido que hubo entre mis órganos. ¿Quién iba a verlo si estábamos solas? De afuera todo seguía igual. Por dentro se me habían juntado los párpados, el pelo, la sangre, los dedos, la saliva, los riñones, el sexo, los brazos, el tiempo. Todo era ahora una misma cosa. Una unidad. ¿Estaba, al fin, muerta? Algo se había roto o expandido. ¿Esto era el amor? De mis hendiduras se desprendieron unos pájaros brillantes y diminutos. Volaron lejos.

—Tengo miedo —dije o pensé.

Pero no era miedo. Era la certeza de saber que nada volvería a ser como antes. Algo de lo que había empezado en ese tren cobraba un sentido nuevo. Él desaparecía de mí. Ya no existía un origen. No había adónde volver.

Sí, no era miedo. Era un terror hermoso.

—¿Y ahora, qué? —pregunté.

Me temblaron las manos y ella las apretó hasta que nos quedamos dormidas.

* * *

Los días siguientes, no me salía hablar. Mi cerebro funcionaba con bastante dignidad, las ideas se armaban pero me resultaba imposible transformar el lenguaje en sonido. Yo, que toda mi vida había sido un desborde del habla, ahora no podía armar ni una frase. Tu voz había quedado tan al fondo que era imposible escucharla. Tanto que había deseado el silencio y acá lo tenía. Mudita.

Me miré al espejo: una vieja sin palabras, con el pelo casi rapado, ojerosa. Abrí la boca frente al reflejo, pero mis cuerdas vocales insistían en el mutismo. Mis ojos me dieron desconfianza, brillaban raros. Al mismo tiempo las cosas me parecían más verdaderas. Estaban ahí para mí y para ella. Dispuestas, latiendo en un idioma universal. Todo era nuestro. Sentí pánico. Pensé en vos, en lo que pensarías de nosotras. Vomité de los nervios. La miré. Dormía en su cama, con el pelo revuelto y la boca apenas abierta. Esa boca que me daba ganas de besar y besar y besar y besar y besar y besar. Besar hasta que el verbo se volviera líquido. Una cosa táctil y húmeda como los tentáculos de un pulpo. Pura materia. ¿Cuántas miles de noches habían pasado? Se me confundía el tiempo. Sus labios con los míos. Una ensoñación de la que no lograba salir.

Quise despertarla y se me escapó un gruñido. Me asusté, otra vez, de mí misma. ¿Por qué el miedo venía tan pegado a esta nueva forma? Algo parecido a un suspiro irradió desde mis pies. Toqué mi garganta y un soplo me llenó de oxígeno. ¿Qué onda, nena?, dijo ella sin abrir los ojos. Sentí vibrar mi columna, como si alguien tirara de la soga que amarra un barco. Ese barco era mi cuerpo. Escuché un crac y quise llorar pero no supe cómo. Se acercó despacio y me acarició la espalda. Las yemas de sus dedos me sumergían.

—Gracias —le dije, y me sentí ridícula.

Sin decir nada, frotó mi nuca y me envolvió con sus piernas. Buscó el libro de Ovidio debajo de la almohada y leyó al azar: «Infundido de no sé qué esperanza, besé la tierra y el tronco del árbol sagrado. Llegó la noche y con ella el sueño, librándome con él de todas las inquietudes. Circe, la mujer más fácil de inflamar de amor, quedó prendada. ¿Por qué contemplas tan fijamente a la serpiente? ¿Es que

adivinas que alguna vez tomarás su misma figura?».

Diamela me miraba y se apretaba las pestañas. Nos besamos envueltas en el vapor que emanaba el oráculo. Entonces mis órganos se reconfiguraron. No sé si cambió el orden de mis huesos o si fue algo en la composición química, pero supe que todo tenía arreglo. Las cosas no eran tan terribles. El futuro existía y olía a pasto recién cortado. Ese fue el día.

—Ay, creo que te quiero —dijo ella, con tonito de burla.

Entonces no hubo más un antes, todo fue un después.

Miento. Tampoco hubo un después. Desde ese instante todo fue ahora. Puro presente. Imágenes en blanco y negro, sin bordes. La vida sucediendo en un mismo plano de capas superpuestas. El orden cronológico dejó de servirme. Presente total.

* * *

A Diamela le gusta sostener sus extremidades alrededor de mi cuello. Aprieta y yo me germino toda. Me olvido de mi edad, me vuelvo fertilizada. Sangro en su sangre. Se desprenden semillas de mis labios. Se abren nuestras clavículas y es casi un milagro, algo que no buscamos pero que cambia la dirección y el sentido de las cosas. ¿Qué fue todo lo anterior? Los árboles se mueven ahora de manera extraña. A la tarde nos acostamos en el pasto. Me mira desde lo verde con su quietud de reptil y los poros entreabiertos. Nos quedamos así, calladas, con los ojos cerrados. Cuando tenemos dudas, consultamos a Ovidio. Él nos calma. «Descendientes de Marte, ¿qué género de locura os posee? Pegaso nació de la sangre de Medusa». Todo es forma y pigmento. Imágenes, tramas, redes superpuestas. Moléculas de agua fundiéndose en el espacio. Cuando le pregunto qué vamos a hacer con esto que nos pasa, se ríe y dice que nada. No vamos a hacer nada, nena, ¿qué te pasa?

* * *

Leerla es algo parecido a la electricidad. Hablo de entrar en eso que abre su cuerpo cuando la toco. Cada parte es una ventana. Un pasaje a otro lugar. A veces, en una rodilla, encuentro mares que esparcen espuma. Otras veces descubro incendios en su pezón izquierdo, luciérnagas flotando sobre el agua a la altura de los omóplatos,

mujeres que acunan zapallos en su tercer ojo y barcos con velas rojas cerca de los hombros. No, no es un decir ni una metáfora, yo veo todo eso, lo veo con mis manos. Ahí viajan sus antepasados: pude ver a una mujer con sombrero —su abuela, tal vez— y a un grupo de chicos que miraban el mar con asombro. También hubo estrellas, lunas, cielos en estado de ebullición. Un rectángulo en medio de la noche, sus gritos adentro de un ascensor, un vacío morado y hasta un oso panda masticando una ramita de bambú. Nunca sé con qué me voy a encontrar, tampoco sé dónde están las ventanas. Tengo que buscar. Cada encuentro es una revelación, cada parte de su cuerpo. Tengo que cerrar los ojos y avanzar sobre su piel hasta sentir la vibración, esa es la señal que indica que estoy cerca. Las arterias laten entre mis dedos.

A veces no hay tiempo. Nos interrumpe el sonido de la puerta del almacén y tiene que ir a atender. Las urgencias domésticas y las estupideces del mundo cortan el flujo de nuestro descubrimiento. De sobrevolar océanos cubiertos de noctilucas a atender los reclamos de una vecina porque el queso crema estaba vencido. Qué absurdo. Cada vez me resulta más insoportable lo opaco que es el mundo por fuera de nuestra burbuja. Todo parece falso. Cuando hay otras personas, disimulamos. Se necesita una dosis alta de esfuerzo para soportar toda la verdad que compartimos. Capas de máscaras y cáscaras para estar a tono con el resto. Para no deshacernos.

Otras veces ella es la que me lee. Entonces no son las piernas, sino un hilo que tira y se desprende, su mano abriéndome como si fuese una guayaba madura. Cuando lo hace, siento ganas de no ser una persona, también de besarla; pero trago saliva y me contengo. A la noche, me obliga a dormir afuera. Nos recitamos versos de memoria, una de cada lado de la puerta.

—«Empezó a tocar su lira y a cantar, los árboles empezaron a conmoverse».

—«Pero le ponen a Orfeo una condición: que no debe volver la cabeza para mirarla hasta que hayan salido del reino de los Infiernos».

—«Su alma, ¡gran dios!, salió por aquella misma boca que tantas veces cantó a los animales y a las rocas».

—«Los pájaros, las bestias salvajes y las mismas rocas derramaron torrentes de lágrimas».

El juego dura hasta que alguna de las dos se cansa o se queda dormida. Cuando ella es la que deja de responder, a mí me nace un puercoespín en la garganta. Qué bronca me da. Un vacío lleno de

taquicardia se apodera de mi pecho y entonces pienso que me vendría bien una de tus pastillas. Cuento pulsaciones hasta que logro tranquilizarme. A veces me purgo masticando un puñado de pasto. Al día siguiente vuelvo a verla y la sensación desaparece. Me preocupa necesitarla tanto, pero no es algo que pueda evitar. La veo y es como si creciera un brote en el fondo de mí, como si se liberara un cardumen de pececitos que estaba enjaulado o se disolvieran las piedras.

Ella me lee y yo cierro los ojos, me dejo ir. Empiezo a ver imágenes que llegan como cascadas, que se suceden unas a otras. Juntas somos un pasaje, un fluir que quiebra los límites. (¿Serán las almas? ¿O es que él tenía razón y me estoy volviendo loca? ¿Esto que nos pasa es una bendición o un castigo divino?).

Una vez, mientras estábamos enredadas en el piso, apareció un color. Entonces supe que Diamela es verde. Entré, atraída por un imán, a su pupila. Me está enseñando a interpretar el iris de las personas. Dice que ahí está el centro. Me lancé sin pensar, como si fuese un lago. Caí en lo profundo, donde todo es desconocido y a la vez familiar. Siniestro y bello. Era como si siempre hubiera estado ahí, como si no hubiera barreras más allá del invento de la palabra. Respiré profundo y me paré de un salto. Demasiada intensidad. Ella hizo lo mismo. Apoyó su frente contra la mía y nos quedamos así. Te odio, dijo, ahora por tu culpa nunca voy a volver a ser normal.

* * *

Me alimento solo de huesos y eso está bien. Dejé de necesitar otras cosas. Diamela dice que no habla de lo nuestro con nadie porque no es fácil de explicar. Mejor vivirlo y ya, la gente no entendería, dice, esta cuestión de las especies. Así que cuando viene alguien me oculta, me manda para el fondo. Yo no me quejo, pero cada vez que me echa siento que me caigo de un lugar muy alto. Ya no hay equilibrio ni espacios seguros. Andamos sobre una cuerda finita, tambaleándonos a cada rato. Anoche le dije que la iba a dejar. ¿Quién te creés para mandarme a dormir afuera? Me tenés harta, le dije, y me chupó los ojos.

Después buscó su libro: «¡Oh, dios soberano del mar! ¡Oh, dios soberano del segundo imperio del universo, conmuévete! Si no te moviera otra cosa, acuérdate de que yo he nacido de tu océano!». Le

arranqué el libro de la mano: «¡Pobrecitas ellas! Suplicaron a Baco y Baco las convirtió en maravillosas aves, y fueron consagradas a Venus». ¡Basta!, grité, e hice volar a Ovidio por el aire.

* * *

Me despierto mareada. Tardo en recordar, y cuando lo hago dudo. Estoy en la cama, con la bombacha puesta —¿es mía o suya?— y el resto de la ropa doblada a la altura de los pies. El sol entra por la persiana rota y no se escucha ningún sonido. Miro mi cuerpo, los pliegues hundidos del estómago, las tetas que caen para los costados como un par de flores mojadas, los pezones aún duros. Me miro. Soy vieja, estoy gastada. Pero sigo siendo yo. Aunque las uñas y los dientes me crecieron demasiado. Toco mis colmillos con la lengua.

—Me siento recién nacida —digo en voz alta para comprobar el habla.

Nadie responde. No sé qué hacer. Intento acordarme de mi vida de antes. Pero ¿cuál es mi vida de antes? ¿Qué es eso?

—Buen día —dice Diamela con una bandeja en la mano.

Me visto rápido, sin mirarla. Me molesta que esté ahí.

Quiero irme. Masticar algo.

—Tranquila, es normal al principio, después de comer vas a estar mejor.

Al principio de qué, quiero preguntar, pero no digo nada. Ella me toca la cabeza como si fuera su perra. Me acurruco entre las almohadas y devoro los huesitos de caracú mientras Diamela toma café negro.

—Esto te va a hacer bien —dice y mete la mano en el líquido caliente. De lo negro saca una semilla del tamaño de su ombligo, la apoya en su lengua y después en la mía. El gusto del cardamomo me da un escalofrío. Pero le hago caso: mastico y trago. Hago todo lo que dice. Sigo sus órdenes como si me hubiera domesticado y no pudiera hacer otra cosa que seguir su voz, su olor.

Ella se aleja para observarme, dice que hoy necesita perspectiva. Tanta cercanía me abruma, chiquita, dice, ya no sé en qué me estoy convirtiendo. Y me mira de lejos, me estudia como si no me conociera. Me siento de repente una nena desnuda en medio de un parque de diversiones. ¿Por qué me dice chiquita, si soy mucho mayor que ella? Toco mis piernas, las siento más cortas. Llenas de pelos, pinchan.

Después se acerca y me acaricia los párpados tratando de adivinar algo. Mira detrás de mis orejas, me huele el cuello, saca algo de mi pelo, lo aplasta.

—Mejor me voy —digo apenas consigo hablar—. Esto no va a funcionar.

—Acá no existen las correas —responde, y larga una carcajada que se va derrumbando mientras su cara se llena de agua.

Ella también está distinta. Estar juntas es peligroso.

* * *

Camino hacia el bosque, quiero sacarla de mí, dejarla sola con su egoísmo y sus oráculos de mierda. A mí nadie me va a venir a dar órdenes. Y mucho menos a decir chiquita. Como si hubiera nacido ayer, quién se cree. Ahora soy yo la que necesita perspectiva. Andá a decirle chiquito a tu Ovidio a ver si te responde. Me alejo del pueblo atravesando hileras de árboles. Ella se queda recitándole Ovidio a un tronco quemado de eucalipto. Dice algo de Medea. Bruja berreta y pretenciosa, eso es lo que es.

Avanzo sin mirar atrás. Tengo el impulso de volver, pero me contengo. Huyo hacia adelante. Escapar es algo que me sale bien, probablemente lo único. En el suelo encuentro un pájaro redondo y pequeño que late como un corazón. No tiene plumas, solo dos ojos enormes que me hacen demasiadas preguntas. Hago pis en cuatro patas y huyo sorprendida de mi propia saliva. Mis dedos todavía huelen a ella. Los chupo.

* * *

En el bosque las reglas no existen. No me veo. Me hundo en la orilla de un charco marrón. La lluvia inunda mi único refugio, un hueco mal hecho en la tierra. Dudo de mi existencia, pero no importa. Mejor. No quiero que nadie se entere de mí. Aprendo a escuchar y a oler cosas nuevas. Me esfuerzo por olvidar su olor. Atravieso los yuyos con el respeto de la recién llegada, la que vuelve después del exilio. Los insectos me observan y se posan sobre mis caderas. Les gruño para alejarlos, me sacudo como una epiléptica. Ya no camino. Ando agazapada como ellos. Ya no pienso. A veces me lleno de agua y tengo hambre de su cuerpo. Siento el celo, su sangre del otro lado.

Mi memoria se disuelve cada vez más. Observo las cosas sin ideas. Los perros me enseñan: hay que mostrar los dientes, sonreír a los ruidos de la noche. Que se hagan aliados. Aprendí a cazar cuises. Avanzo rápido, todo está escondido adentro. Perdí el sentido del asco, me afilo los dientes contra los árboles.

Uno parecido a mí me acompaña. Se escabulle entre las hojas. Nunca hablamos. Le gusta que le clave los colmillos en la nuca. Ladra, mueve la cola y se transforma todo él en un pequeño tornado. Pero el entusiasmo no le dura, también es un solitario. Prefiere dormir y revolver la basura. Formamos una alianza silenciosa. Nos ayudamos a conseguir comida. Estoy aprendiendo a no opinar, es más difícil de lo que creía. Una se tienta. Pero acá nuestras palabras son inútiles. Gruñir y callar es todo.

Solo me permito andar erguida antes de dormir, cuando bailo —todavía no perdí esa capacidad—. La danza atrae a los murciélagos. La razón es un misterio, llegan de a parejas y me observan. Sí, a veces extraño la piel, aunque es algo fugaz, como un rayo en el estómago que aparece y desaparece de pronto. Tiene más que ver con el clima que con los sentimientos. Tocarme ahora se parece a un desierto. Una alerta meteorológica que se hace carne.

Otras veces cierro los ojos y escucho nuestra respiración mezclarse con los ladridos. Entonces quisiera tenerte cerca, que te metas adentro mío y me hagas un hijo de leche cultivada, o si no embarazarme de un tubérculo. Parir una papa y cocinarla en el fuego. Estoy cansada de comer siempre lo mismo, la basura de este pueblo tuyo es inmunda. Tengo tanta hambre que me comería a mí misma. Extraño tus huesos. Me lamo el puño como si fuesen tus costillas. Meto la lengua entre los dedos y solo encuentro tierra. Me alimento de mis hongos. No hay desecho en la naturaleza. No tenemos objetivos a largo plazo. Ahora sé purgarme, me volví materia del bosque. Si te agachás, el mundo parece más grande.

Cuando no puedo dormir, te hablo por telepatía. Una noche nos comunicamos a través de un verso de Ovidio: «¡Ay! ¡Aproxímate a mí antes de que me haya transformado del todo! ¡Ahora todavía te puedo abrazar!». Un viento del sur cortó nuestro diálogo. Me quedé hablando sola. No sé si lo sabías, pero de chica yo viví así, no es la primera vez. Estoy hecha de estos ecos nocturnos, de esta hambre que no se calma con nada. Sé que vos también. No tengo idea de qué materia es la tierra que se hunde bajo mis pies ni qué deseo me trajo hasta acá.

Pero volví, y ahora soy el movimiento puro. ¿O es sangre lo que cuelga de las ramas? ¿Mi sangre o la tuya? Corazones que laten y crujen. Tu oráculo tenía razón. El viento dispersa a los hijos sobre la orilla, la tierra es fértil donde nadan los renacuajos. Creo que mi iris cambió de color, aunque no puedo asegurarlo. No sé qué leerías ahora en mí.

* * *

La marea sube. Estoy en el río, envuelta en el agua. Hundo los dedos en el líquido y te pienso.

Ahora voy a hablarte con muchos puntos seguidos. Para que no tengas miedo de perderte. Para diferenciarnos. Para darte rienda suelta. Distancias cortas. Oraciones breves. Con vos mejor evitar el largo plazo. Apoyá tu mano en mi cintura. Un poco más abajo. Así. Firme. Sobre el hueso. No es Ovidio el que te habla. Soy yo. ¿Me escuchás? Y ahora un paso. Después otro. Nos acercamos al núcleo. No quiero mentir. Todo va a ser verdad con vos. Ningún disfraz. ¿Es posible? Despellejar la máscara. Mi alma, una esfera cruda y virgen. Abierta. Tomame. Des-inventame. Usá tu voz y haceme otra. Cambiá mi lengua. Mordé mis sujetos y predicados. Disolvelos en tu boca. Escupime. Volvé. Tragame. Besame como si devoraras una fruta de tu infancia. Una papaya madura. Una granadina. Dulce, ácida, ambigua. Dejame probarte entera.

Esto es un secreto. Una palabra sobre otra. Encastradas. Hablo sola para encontrarte más profundo. Gustar o no es un efecto secundario. La palabra es traición. Y también organismo vivo. Imprevisible. Mi glotis se humedece mientras tu pelo crece. Este pensamiento te va a llegar a través del aire. ¿Vas a entender lo que digo? No importa. Porque entender no te importa. A mí tampoco. Es otra cosa lo que importa.

El balbuceo.

El pez.

La gota cayendo.

* * *

Ahora las arterias se contraen. Mi talón está dormido debajo del pubis. No lo saco. Me muevo apenas. Para un lado, para el otro, un vaivén

chiquitito. Alcanza. Siento la textura. El placer ejerciendo presión. Escucho el ritmo detrás de tus costillas. ¿En qué te estás convirtiendo? Lo hago despacio. Escucho el sonido metálico de la sangre. Huelo. Y alcanza con la experiencia. Pero soy terca y quiero más. Quiero contar lo imposible, el sabor que nace en mi boca cuando te pienso. Entonces tenés razón, no alcanza con la experiencia. Deberíamos arrojar pulpos sobre las paredes.

* * *

Su olor aparece con una intensidad desesperante. Me altero. Necesito verla más que cualquier otra cosa en el mundo. Sé que está cerca. ¿Habrá escuchado? El corazón me late rapidísimo, me asusta. Cierro los ojos y olfateo hasta que encuentro a Diamela dando de mamar a una criatura. Es un gato con rayas oscuras. Lo agarra con cuidado como si fuera un bebé humano. Le acaricia la cabeza y lo acuna entre sus tetas. Los celos me arden. Quiero acercarme, pero alguno de los dos me gruñe. El gato y Diamela me miran fijo. De pronto ella sonríe y es como si nos hubiéramos visto hace un instante. Me ofrece su otro pezón. El animal da un salto y se pierde entre los arbustos. Diamela lanza un grito agudo, pero no intenta buscarlo, ni siquiera lo sigue con la vista. En el fondo no le importa, es así con todos. Corro, hundo mi cabeza entre sus piernas. Nos abrazamos hasta que cae sobre mí una gota de leche.

Estoy practicando, dice, cuando te fuiste dejaste algo adentro mío que no paró de crecer. Yo la tomo, siento las piernas y los brazos vibrar. La piel se vuelve una textura elástica, se contornea, pega saltos cuando estamos juntas. Tanto entusiasmo no cabe en un cuerpo. Me doy cuenta de lo mucho que la extrañé. Desarmo el bosque con mi lengua. Llora y se ríe al mismo tiempo. No sé qué hacer, dice, los oráculos ya no funcionan. Ovidio me abandonó, lo prendí fuego. Volviste todo impredecible. Intento abrazarla y se aleja. Después me besa tan fuerte que duele. Uno, dos, tres, cien besos me da. Caminamos sobre las hojas de las casuarinas mientras la luz del día empieza a llenarnos los oídos. Me trago sus lágrimas. Le digo que la amo. Se muerde los labios. No responde.

* * *

Salí de su cama sin despertarla. Abandoné la lentitud de su piel. Me perdí en los pasajes del pueblo. Lo hice a propósito, a esta altura nada en mí es ingenuo. Soy una callejera. Avancé por la madrugada como si fuera invisible, me gusta caminar mientras el mundo duerme. Nadie se entera de lo que pasa acá adentro. Las últimas estrellas cayeron sobre mi cabeza. Un recuerdo húmedo latió en el centro, fuera de lugar. Cerré los ojos y sumergí mi sexo en un charquito. Los restos del amor se esparcieron y fecundaron a los árboles.

Cuando se hizo de día, volví. Me abrió el hombre chiquito de las manos temblorosas: su marido había vuelto de las rutas. Olía a desconfianza. Ella apareció detrás, abrazada a su cuello.

—Te esperábamos —dijeron, y él me tocó el borde de la cara. Me sirvió una bebida blanca y se puso a cortar berenjenas. Diamela se reía todo el tiempo. Parecía otra. Una pesadilla vestida de blanco. Lo besaba a él mientras me pasaba la mano por la espalda. Ya te preparamos el cuarto, me dijo al oído y sentí su lengua fría. Quedate hasta que te organices, el mundo está difícil. Almorzamos sin decir nada en una mesa enorme que sobraba por todos lados. Yo estaba a kilómetros de todas las cosas. Me había vuelto enana y encorvada. Después de terminar su plato, Diamela se fue.

—Como en casa —dijo él mientras masticaba un pedazo de pan—. Y no te preocupes por Día, le gusta lo que cambia, no es nada personal. Por eso yo ando de acá para allá con el camión, viste, mejor no perder la costumbre del movimiento.

Le di las gracias, solo por decir algo. Después me pasó los platos e hizo un gesto que interpreté como un pedido de ayuda. Chupé la vajilla hasta dejarla sin restos. Él guardó todo en el mueble. Así está muy bien, dijo, buena chica. Al rato apareció Diamela con el pelo mojado, envuelta en una toalla. Se dieron la mano y me llevaron al cuartito del fondo, detrás de los árboles. Pusieron agua en un cuenco. Calladita, portate bien, dijo él, y ella se mordió el dedo. Cerraron la puerta. En un momento volvió, parecía agitada, le faltaba el aire. Esperame, por favor, no te escapes, confiá en mí, dijo mientras algo la pateaba y la hería por dentro. No llegué a decir nada. Me quedé dormida antes de poder organizarme en palabras.

* * *

Caos de comadrejas sobre el techo de chapa. Abro la puerta sin

dificultad, todavía puedo hacerlo. Salgo atraída por los olores de la noche. Caminar sola me hace sentir fuerte. Me crecen los músculos. Estoy más alta, poderosa, salvaje. Me dejo llevar por el aroma que se desprende de una ventana y pienso que al final vivir era esto: oler. Perder la cabeza. Avanzar sin ideas que hagan ruido. No me fui para atarme. A mi edad, qué idiotez. Camino, muerdo huesos secos y entiendo que el amor no era querer a alguien, sino percibir esta expansión divina hacia el agua, la carne, las cosas. Hacia todo lo vivo. (No te necesito, ya no te amo. Me basta con mis propios huecos. Ahora que puedo, me lamo a mí misma). Ver lo que existe como un milagro erótico, un puñado de flores carnívoras. Un cardumen de huesos (¿en qué me pedís que confíe?).

Sigo caminando y descubro, por casualidad, una criatura que surge de la pasión entre un jacarandá y un grupo de hormigas. Los dientes parpadean en un fulgor improbable de sexo y fantasías compartidas. También puedo pasarla bien en esta orgía de insectos. El complot del deseo contra todos los males. Presente, pasado y futuro. Una misma cosa amalgamada en el instante en que tu cuerpo se abre al mío. El universo se agranda; con los pies descalzos me meto en el barro de tu cama. Todo es contradicción. Mi cerebro se rompe. Este corazón, te digo, que ama lo abierto entre tus labios y descubre el mundo como si acabara de nacer, se alimenta de la carne cruda de los pájaros muertos. Andá a jugar a la ama de casa. Como si todo lo anterior fuese una caverna. Un engaño. Quiero morder, morder, morder. Arrancarte la piel hasta que seas pura. Volverme tu Ovidio.

* * *

El cielo clarea. Tu maridito no está. Lo vi irse, se subió al camión mientras dormías, todavía estaba oscuro. Me dejó unos restos de pollo debajo de la parra. Quién se cree para darme sus sobras. Los meé como si fuera un macho. No pienso probar esos huesos pinchudos, si me quiere matar que sea a golpes. Que se la juegue.

Ahora te veo suspirar acurrucada contra la almohada. Sí, volví, como cada día. Acá estoy de nuevo. Sos vos y soy yo, todas otra vez. Y te digo, en secreto, que ya no necesitamos oráculos. La vibración trémula, el balbuceo de los hongos se esparce. La naturaleza no sabe de economía, pienso, mientras agito las llamas y juego con las ligustrinas. Mi instinto ama en exceso, fecunda todo lo que puede,

desborda cada primavera como si fuese la última. Dejalo ser, que crezcan los ríos y se multipliquen los peces, no tengas miedo de la fertilidad exagerada, de la comunión de los fluidos. La resistencia es la entrega sin medida. La noche donde los cuerpos y las palabras dejan de estar separados. El diente de león que mordés, nerviosa. Respirá, te digo, respirá profundo, sentí el aire mientras yo te arranco los coágulos y la sangre es nueva y tan roja que arde.

* * *

Encuentro tu bombacha entre las sábanas. Un retazo de algodón con el encaje desteñido en los bordes. La agarro, la miro, la aprieto. Es esponjosa. La acerco a mi boca, olfateo. Así funciona mi mundo ahora.

* * *

Que digas que sí, y que en cada sí se inaugure un mundo. Que estés vos también muerta de hambre. Que una palabra, detrás de una palabra, detrás de otra palabra formen una constelación infinita, y no una cadena. Que te haga libre y no te ate. Que corramos arriba del agua. En medio del bosque. Entre los papeles quemados. Que el incendio también calme. Que el fuego limpie. Que respires un aire transparente, liviano. Que me empujes. Que flotes con los ojos cerrados. Que me abraces. Que te hagas lugar. Que la combustión sea un hechizo salvaje. Que el tiempo sea la medida de los otros.

No voy a hablar en primera persona. No hay orden. Basta de angustiarse por la repetición, aunque todo lo sea. Dejavú. Otra vez lo mismo. Acá estamos una vez más. Vos y yo. Las venas forman un circuito cerrado. Crece de nuevo el río. Y baja. Esto es una puerta que se abre. Quiero escribir con un hilo, pero el hilo me lo va a dar tu mano. Necesitamos coordenadas. Acá estoy, al borde del precipicio. Veo reflejos sobre el agua. Acá nace. En este umbral oscuro, destellante. Ahora está naciendo. Una cosa nueva y pegajosa.

Silencio.

No sabemos qué es. Qué puede llegar a ser. No hay sentido, y sin embargo. Puro latir. Acaba en la punta de la yema. Vuelve a empezar. Te doy de mí esta fibra nerviosa. Este vacío necesitado. Un grito que es también arrullo. Hacé con él lo que quieras. No seas responsable.

* * *

Ahora que él se fue estás más tranquila. Ya no te reís como loca. Me jurás que querés escaparte conmigo, cuando este proceso termine, decís, cuando terminemos de ser libres. Cada vez que decís la palabra libres, llorás y te abrazás a vos misma. Algo te angustia, te duele, y no sabés nombrarlo. Yo te lamo las heridas de la espalda, yo te sigo, porque te entiendo. No me importa nada el futuro. No me importa. Nada. Te sigo y las sombras de las casas caen sobre nosotras.

* * *

Al llegar a la calle principal del pueblo nos hundimos en una densidad parecida al fondo de un pantano. Me desespero, sin saber por qué, mientras Diamela me mira, inquisidora, esperando que le diga algo, que le explique.

No sé, le digo, y me alejo. Estoy reacia. Lo único que puedo sentir es la acidez en la garganta, un nudo de sal gruesa en el pecho. ¿Por qué ahora sos vos la que no quiere?, pregunta. Y la furia me recorre el estómago como una descarga eléctrica. Tengo náuseas. ¿De dónde viene este fuego? Su panza me perturba, o tal vez sea la mía, a esta altura me cuesta distinguir.

Quería que fuéramos ella y yo y nadie más. Pero latimos multiplicadas. La miro a los ojos y veo su amor y sus tetas en la boca de ese otro futuro que gesta con ganas. ¿O serán varios? Se cree tan sexy así de preñada. Quiero su leche toda para mí. Chuparla, comerme su placenta. Pateo una lata de cerveza que hay en el cordón de la vereda y le digo que me desilusionó. ¿Por qué?, pregunta, si esto es tu culpa, vos lo hiciste, vos nos embarazaste, dice como si pudiera adivinar lo que pienso. La empujo de un salto contra una enredadera. Me voy a buscar otro dueño. Ella se ríe, piensa que es todo un juego, una costumbre canina. ¿Serán mis hijos? Imposible. También los tenés adentro, nena, me dice, pero no te diste cuenta todavía. No te hacés cargo de nada. La egoísta sos vos, ¡narcisista!, te prestás tanta atención que no te ves. Vamos a parirnos juntas, ¿qué te pensabas que era todo esto? Claro que va a doler, dice, nos vamos a partir en dos. Mirá, tocame, ¿sentís cómo se mueve? Y yo le muerdo la pierna para que se calle hasta llenarme de su sangre. Después le digo que es una manipuladora, y vuelvo al mutismo. Ella grita, yo la odio mientras

saboreo sus glóbulos rojos.

Cuando llegamos, me tiro sobre la cama. Diamela abre el placar y saca su vestido de flores, ese que tenía cuando nos conocimos. Tira la ropa sucia al piso y la veo desnuda frente al espejo: se pinta los labios despacio, sin prestarme atención. Está hermosa, radiante. De espaldas el embarazo se le va. Hago un esfuerzo por desprenderme del caparazón en el que estoy metida, estiro mi brazo y le acaricio la pierna. Voy a salir, ¿venís?, pregunta, y otra vez me dejo caer. Ella me toca la boca del estómago, también yo estoy más redonda, algo se mueve acá. Me despierto. Le doy besos en las manos, en los ojos, en la frente.

* * *

Caminamos rápido, contra el viento y contra los matrimonios que vuelven con el pelo lleno de espuma y la amargura pegada a los hombros. Se hizo tarde, es el fin del carnaval, el último día, todos se van cuando nosotras llegamos. Algunos nos saludan de lejos, nos miran y comentan.

Yo voy vestida de hombre, tengo la ropa de su maridito y un sombrero atado debajo del hocico. Me siento poderosa, a salvo. La oscuridad desaparece, tengo la certeza de que nada malo puede pasar. Comemos un choripán a medias sentadas en el cordón de la calle y nos abrazamos como si de eso dependiera la continuidad de la existencia. Me olvido de nuestras cargas. Flotamos con la urgencia de meternos adentro del cuerpo de la otra. Descubro que somos de verdad. Me duermo con la cabeza escondida en su pecho y los brazos y las piernas envolviendo el filo de los huesos.

* * *

La gente del pueblo está cada día más rara. A veces mueven la boca y se dirigen a mí, pero no entiendo qué dicen. Tienen la voz demasiado aguda, tanto que no se llegan a formar las palabras. Me duelen los oídos. Las letras quedan girando en el aire, como un silbido. Muevo la cola, nerviosa, porque no sé qué hacer. Las reglas de este lugar no son como las que conocemos. Todos son demasiado altos y nadie pide permiso, directamente te patean o te tiran un palo al medio de la calle esperando que lo busques o que te distraigas. No quieren a los

extranjeros. Me siento perdida. Ando mirando para abajo casi todo el tiempo porque el cielo me da vértigo. Además tengo una tortícolis que no me deja estirar el cuello a más de cuarenta y cinco grados. Diamela dice que ella está igual, que estamos así porque ya falta poco. Que en la etapa final los cambios son peores.

Anoche me dio un ataque de hambre y me puse a revolver la basura. No quise volver a su casa, necesito un tiempo para entender lo que está pasando. Quiénes somos ahora. Pero cuanto más pienso, peor. Diamela insiste con la palabra transitar. Yo extraño los consejos de Ovidio, a veces le aúllo al fuego como si fuera él.

* * *

Mientras abría una bolsa con restos de cordero, descubrí que en mis manos tenía unas costras redondas, un par de callos oscuros de esos que salen en los pies. Al principio me asusté, quise arrancarlos con los dientes, raspé contra el cordón de la calle, pero no hubo caso. Lo único que logré fue hacerme sangrar. Las manos se me llenaron de moscas y me empezó a picar todo el cuerpo. Me senté debajo del tilo del almacén y chupé mis heridas hasta que se fueron curando.

Decidí ver el lado positivo a las cosas: ahora puedo pisar las piedras y correr por el pasto sin pincharme. Los cambios no son malos, el problema es que una resiste. No sé por qué hago el esfuerzo por hablar, para qué sigo. Si yo ni siquiera soy yo, y vos debés estar en ninguna parte. Sin embargo, insisto. Busco tu olor, deseo la combustión de tu piel contra la mía. Que te montes sobre mi espalda y te vuelvas de mi especie.

* * *

Un nene rubio me dice algo al oído. Lo sigo, sin pensar demasiado, total no tengo nada que hacer; Diamela se la pasa durmiendo, los paseos por el pueblo se volvieron parte de mi rutina. Entorno los ojos y él parece contento. Nos sentamos en una galería llena de plantas secas. La sombra me tranquiliza. Le muestro la lengua y entiende rápido, me da un vaso de agua. Como no alcanzo a tomar, pone las manos en forma de cuenco. Es un buen chico, bien educado y atento. Me gustan los mimos que me hace en el pelo. Me acaricia la panza y las tetas despacio. Casi sin darme cuenta, me voy quedando dormida.

Sueño en blanco y negro. A veces en verde. En el sueño hay trenes y un río congelado. Alguien me ata con un alambre de púa y yo, que apenas puedo moverme, pego la oreja a la vía. Quiero ser consciente cuando llegue el momento. Escucho el motor que se acerca por la curva. Quiero gritar, pero no me sale la voz. Me despierto temblando con el tren a unos centímetros de mi cabeza. A esta distancia puedo ver lo que brilla sobre las ruedas.

Está oscuro. El nene se fue. Alguien improvisó una cabaña de ramas y hojas secas. Habrá sido él antes de irse. El refugio se cae apenas me sacudo. Hago pis detrás de la ligustrina, disimulo el charquito tirando un poco de tierra encima, y me voy por una calle sin asfalto. Me dejo arrastrar por el olor de la carne. Mis papilas gustativas comienzan a segregar líquidos, me ruge el estómago.

Después de un rato de deambular, encuentro el origen de mi hambre. Me acerco despacio para investigar el terreno, no quiero que me vean. Me escondo detrás de un sauce y observo en silencio. Son todos hombres, eso no es bueno. Al lado de la parrilla hay dos perros grandotes que vigilan la escena. El aire huele a sudor, a grasa crujiente y a hormonas. La carne los excita, igual que a mí. En eso nos parecemos.

Deben estar festejando algo porque no dejan de sacar cosas de la parrilla. Es un asado infinito. Comen y comen, ya sin ganas, chupan los huesos hasta dejarlos secos y ahí recién se los tiran a los perros. No me animo a mendigar. Pero no aguanto la espera, tengo tanta hambre que me duele el cuerpo. El estómago es lo único que siento. Dejo de tener historia y cerebro. Soy un puñado de órganos implorando restos con devoción divina. Me acerco unos pasos, tímida y sigilosa, más gata que perra. Intento disimular mi deseo y mastico el pasto, que se transforma en un líquido viciado adentro de mi boca. Alguien me pega un grito, los perros ladran, corren hacia mí, siento que me voy a desmayar.

* * *

Su vestido me quedaba grande, pero a ella le gustaba. Había decidido adoptarme, esta vez de manera formal, al menos por un tiempo, hasta que volviera el marido, o hasta que llegara el día de dar a luz o de fugarnos. No conviene que parezcas vagabunda, dijo y me mandó al baño. Me mojé el pelo con agua de pozo y diseñé un rodete en las

alturas. Ella se rio de mí y me dio un mordisco en el cuello. Le gustaba jugar a ser yo.

* * *

A veces me despierto como si todo siguiera igual, hasta parezco la misma de siempre, aunque estoy más pesada. Las cosas van bien últimamente. Diamela se la pasa ordenando. Compró una toalla y la bordó a mano. Esta mañana salí a caminar. Me escabullí entre las casas, llegué al descampado. Detrás del molino, alguien se casaba. Entré moviendo la cola como si el mundo hubiera comenzado esa misma tarde. No se dieron cuenta de que estaba descalza. O no les importó. Ellos adoran a los seres livianos. Me acerqué a la mesa blanca y tomé una copa de champagne. Hacía tanto no tomaba alcohol que apenas un sorbo alcanzó para percibir el hormigueo. Mis sentidos estaban efervescentes. Bendito cosquilleo que me recorre las fibras capilares como un pulpo. Bendito placer, susurré mientras los niños se acercaban a tocarme. La metamorfosis me había vuelto un poco religiosa.

La novia bailaba sin mirar al novio. Él palmeaba a los invitados en la espalda y movía demasiado las pestañas. Lo miré de cerca y descubrí que se le habían pegado un par de colibríes. Volví a llenar mi copa y me fui a descansar bajo la sombra de un cedrón. Los casamientos eran iguales en todas partes. La coreografía decadente de los tipos de mi edad, las lágrimas sucias de las amigas con vestiditos en punta, los nervios y la emoción de los padres que alimentan esa estúpida esperanza de que el matrimonio de sus hijos resulte mejor que el propio. Y la belleza. Todo era tan hermoso que dolía un poco. Había luces, manteles blancos y chiquitos en edad de ser felices corriendo por el pasto. El molino giraba y el champagne parecía eterno.

Me sentí incómoda y chiquita. ¿Hasta cuándo iba a vivir en este estado? Crecer y anularme a cada rato. Subir, bajar, volver a subir. ¿Y ella? ¿Existía realmente? ¿Por qué ahora me nacía pelo en la espalda? ¿Esto era volverse vieja? Cerré los ojos contra el pasto. El olor apareció en el aire. Volví al trote.

* * *

Besar a Diamela es distinto a todo lo que conocí. Creo que esto empezó ahí, en el beso. Tan suave. Todo con ella es suave. Yo misma me vuelvo aterciopelada. Mis labios se resbalan sobre los suyos, podemos estar horas así, sobre el pasto, en su cama o abajo de la parra tomando leche caliente y besándonos. Estamos en nuestro mejor momento, aunque no podemos dormir. Bailamos durante la noche, entonces me acuerdo de vos y lanzo un quejido finito que ella calma con mordiscos. Me encanta que me muerda. A veces quiero hablarle de nosotros, pero no recuerdo tu nombre ni tus palabras. A veces tu olor se parece al suyo. Cada vez estoy más convencida: el amor es una cuestión de olfato.

* * *

Sé que falta poco. Estoy inquieta, voy de un lado al otro masticando los huesos que encuentro. Mi lengua ya no sirve para las palabras, encontró un mejor propósito. Las cosas van perdiendo definición. Necesito probar lo que veo. Diamela me da golpecitos en la boca, me provoca y me reta en un idioma que ya no entiendo. Intento ser seductora y le beso los tobillos, pero no la conmuevo. Me acaricia sin ganas y se tira en la cama, me manda a los pies, está cada vez más hinchada, demasiado cansada para quererme. Se acuesta con las piernas abiertas y se humedece un dedo con saliva. Después me clava la vista sobre las orejas y se frota hasta lanzar algo que parece un maullido. Su placer me pone inquieta. Quiero chuparla también, pero cuando lo intento me grita y me echa afuera con la escoba.

* * *

Bailamos en cuatro patas, el agua adentro burbujea, es una manera de prepararnos. Cada tanto interrumpís la coreografía que improvisamos en el espacio angosto que hay entre la mesa y el horno y probás la comida. Esperamos que todo se incendie. Yo sigo bailando, canto aunque no sepa, y me siento feroz como un animal sin predadores. Me gusta mirarte. Me gusta mirar cómo tu cuerpo hace cosas simples: revolver el cajón hasta encontrar una cuchara, hundirla en el caldo y llevártela a la boca. Sacarte las zapatillas y contraer los dedos de los pies. Tocarte a la altura del diafragma. Me gusta seguir el recorrido de tus venas. Te salto por la espalda. Ahora sos vos la que me mira, tus

ojos oscuros entienden lo que no digo. Me acariciás despacio, como antes, nos disolvemos. Las lenguas vibran como la primera vez, hasta que el tiempo se descomprime. Ya no somos humanas. Dejo mi nariz ahí, suspendida, y empiezo a sentir el fuego que se desprende de vos. La noche es un lugar abierto. Algo se contrae y te duele. Voy sobre tu piel con mis uñas. Hundo un fragmento de mí en el interior de tu cabeza. Cierro los ojos y veo. Las piernas son las primeras en irse. Empieza con un temblor, la vibración que descompone lo rígido. ¿Cuántos latidos hay? Y subimos a un lugar que es un no lugar. La muerte y el principio de la vida deben ser parecidos a esto. Todo se funde en una niebla suave y brillante. Y ya no somos mujeres. Somos acontecimientos astrales. Agujeros negros. Lloro sin que te des cuenta. Es que ahora no tengo lágrimas. Tu frente se parte al medio y de vos salen corales. Una aurora boreal aparece adentro de la cama. Tu pasado y tu futuro se esconden en lo cóncavo de mi cintura, es ahí donde quiero estar. Acá. Permanecer en el movimiento sísmico de una medusa. Ser los tentáculos que te succionan. ¿Escuchás? Ya llega el momento, nos vamos a abrir.

* * *

¿Y si no vuelvo? ¿Y si me quedo acá, en este estado, atrapada en este cuerpo ajeno? ¿Y si esto es lo real? Te aprieto con fuerza para recuperar lo sólido, pero ya perdimos el esqueleto. Te toco y encuentro túneles. Destellos, peligro. No tengo de dónde agarrarme. ¿Adónde voy a ir? Soy suelta. Amarrada a mí misma, a vos, un tubérculo marino que crece bajo la espuma y se vuelve péndulo. Respiramos al unísono. Suspiramos para volver, pero no volvemos. Todo ya es de otra manera. Sin forma. Me acurruco en la profundidad, busco tu aliento. Te paso la lengua. Pienso sonidos como si fueran nombres.

Otra contracción.

Andrómeda entra ahora por esa ventana y se nos adhiere como un cuerpo gelatinoso, a vos y a mí, que estamos acá, tan quietas, tan otras. Y quiero decirte algo. Todo. Pruebo con la palabra amor, esa todavía me sale. Y digo: Amor amor amor amoramoramoramoramorrrrrrrr. Es absurdo. Suena chiquito, ordinario. Una mora después del verano. Y yo quiero decirte todas las aguas y las lenguas, mucho más que todas las frutas del mundo.

Quiero apalabrar lo innombrable, inventar sonidos nuevos. Entonces no digo nada, te hago llegar el silencio mientras me mostrás lo que hay detrás. El éxtasis al fondo de las hojas, cuando el cielo todavía no sabe y es ambiguo. El antes de una verdad.

* * *

Pierdo el pensamiento, la lógica se deshace más rápido que mis músculos, la sangre ya no es mía. Y todo es. Algo vuelve a vibrar, ahora más fuerte. Me duele a mí también. ¿Dónde estábamos antes de estar acá? ¿Quién sos?, me pregunta desde el otro lado. ¿Sos ella o sos vos? Y las espaldas se confunden con el pelo, y por fin el tiempo deja de ser.

Somos leves ahora. Pura inconsciencia. Delicioso líquido amniótico. Tu mente en mi mano. Solo existe el ritmo. La palabra no existe. ¿Para qué voy a hablarte? Me deshago entera y quiero seguir, más, al fondo de lo oscuro, ahí donde nazco y nacemos y nos encontramos.

Abrazame, te digo. ¿Adónde voy a llegar si no abro los ojos ya mismo?

* * *

Te encuentro llorando sobre las piedras. Tus ojos son dos baldes llenos de agua sucia. Me acerco y te beso las manos, pero me alejás de una patada. Sos una perra histérica. Me acomodo en un hueco sobre la tierra y espero. Hay un olor en el aire que me da hambre y angustia. No quiero saber de dónde viene.

—Estos hijos míos —decís de pronto, y puedo ver cómo un coágulo brillante cae de tu centro. Lo atajás con una mano, sin mirar, y en un acto reflejo comenzás a acunar a tu huevo mientras caen otros y estallan con un sonido mínimo que apenas las plantas pueden oír.

Un charquito rojo comienza a nacer del pasto. Como no sé qué decir, lamo tus restos, que se multiplican más rápido que mi lengua. Vos te agarrás la panza, tenés un espasmo que te quiebra hacia delante, quedás suspendida y el dolor te desfigura en una mueca. Es ahora. Tu cara se pone pálida, sos una piedra de sal y lanzás bramidos contra el suelo. Llorás, te despedís de los pedacitos de tinta cuajada que huyen a través de tus piernas. Yo te beso y te beso, pero no sirve

de nada. Escucho el rumor de tu útero, un crujido de huesos empujando. Un clamor de jauría atascada en el limbo. Entonces me doy cuenta. Como si mi cuerpo fuera un espejo, siento la vibración y la pérdida, mis trompas de Falopio agitándose en una tormenta que es la tuya. En un segundo te apoderás de mi historia. Yo soy todos esos hijos que se vacían de vos.

—Me muero —decís, y te arrastro por el barro.

Llegamos al hospital de madrugada. No hay nadie y vos gritás al ver el mapa que, sin querer, vas trazando sobre las baldosas blanquísimas. Limpio los restos para tranquilizarte. Me como a nuestros casi hijos, les doy un lugar en mi vientre y siento cómo se adhieren a las paredes de mis membranas. Tenías razón, también crecían adentro mío. Perdón por haber sido tan estúpida. Ahora entiendo qué querías decir cuando repetías que había que confiar.

Una enfermera me echa del lugar con una escoba y te sube a una silla de ruedas. No sé si es que te desmayás, pero dejás de gemir. Todo se transforma en silencio. ¿Estás muerta? Tus brazos caen como dos lianas a los costados. Afuera me preguntan algo que no entiendo. Tomo agua de la zanja para quitarme el sabor metálico de la boca. Después doy la vuelta manzana al hospital buscando por dónde entrar sin que me vean, no puedo estar tranquila con vos ahí, tan sola, muda y asustada. ¿Muerta? Logro pasar entre unas rejas, por suerte mi preñez es reciente.

Un perro me persigue hasta el ascensor, quiere montar mi celo, le muerdo una pierna. No entiende que mi sangre en realidad es tuya. Vuelve a intentarlo y llega a rozarme. Intento escaparme, pero de pronto está adherido a mí. Es la primera vez que lo hago en este estado. Duele. Siento una brasa ardiendo en el cuello de mi útero, justo ahí donde todo comienza y termina. Quizá necesito la bendición de su leche para que tus crías prendan. Su sexo inflamado se resbala hacia adentro, dejo que me desvirgue uno de mi especie. Quedamos cruzados hasta que un fulgor estalla, de pronto, en el lugar exacto donde se están asimilando tus hijos. Siento como si se agarraran más fuerte. Bien adentro mío estás vos. El perro me ocupa toda. Basta, le digo, y esa palabra, en forma de aullido, es para él pura combustión.

Cierro los ojos y pienso en vos. Vamos a ser madres. No sos una imagen, sino algo parecido al tacto. Una lengua furiosa que me cruza como si mi interior fuera una ruta hacia alguna parte desconocida. Un misterio latiendo.

El perro da una última embestida que me hace perder la poca conciencia que me queda. Una estrella se hace polvo en mi nuca. Se aleja corriendo. Puedo sentir el resplandor, cómo se transforma en energía y vibra más rápido que la luz. Ya soy casi una perra. Escucho tu voz. Después, la nada. Olor a semen, a lavandina y a sangre. El animal desaparece con una sonrisa y yo me quedo acá echada en el suelo, detrás del cuartito de enfermería, temblando de miedo y de gracia, mientras mi placenta se ramifica y una nena me acaricia el hocico.

* * *

Ahora caminamos descalzas por el bosque hasta llegar al río. Algo brilla del otro lado. Algo se incendia. Es de noche y nuestras pieles se mezclan. Los hijos ya son libres. Nada pesa. El agua hace ruido de explosión. Caemos. El cielo late en el suelo, la casa se llena de humo. Al fin estamos juntas. Se escuchan las sirenas acercándose, los gritos de los vecinos y mi corazón galopando mientras me decís al oído:

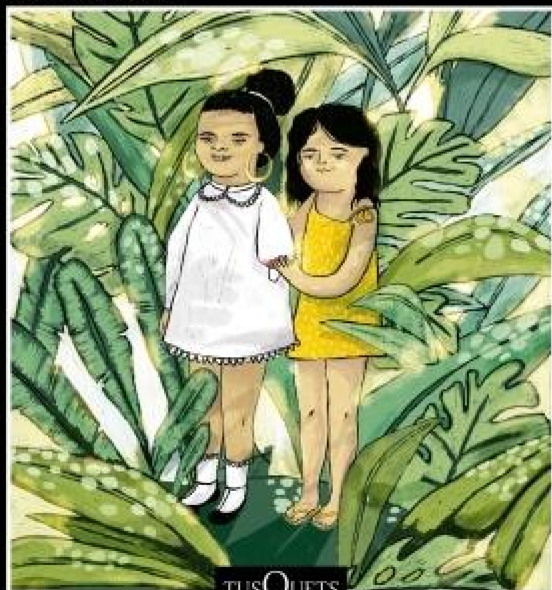
—Te voy a abrazar tan fuerte que se nos van a romper los huesos.



Julia Coria

FAMILIA SERÁN USTEDES

colección andanzas



Familia serán ustedes

Coria, Julia
9789876708531
224 Páginas

Nuevos comienzos, antiguos secretos.

Cuatro años después de la resolución del caso del asesino serial en el que se vieron injustamente involucrados, los miembros de la horda llevan vidas tranquilas, siempre al cuidado de la abuela de la que todos, a su vez, están pendientes. Pero la paz dura poco. Sonia se enamora de un médico ecuatoriano y viaja a probar un tiempo de convivencia. El amor prospera y la horda se les une en las vacaciones de verano. Sólo entonces descubren que la mansión emplazada en un paraíso de selva y playa en la que habitan el seductor novio y su madre alberga, también, secretos inquietantes. Quién sabe cuál de esos misterios explicará que los miembros de la horda empiecen a desaparecer uno a uno. En todo caso, esta nueva aventura volverá a poner a prueba la valentía y la lealtad de todos.
En una clara invocación al espíritu intenso y desopilante de *La horda primitiva*, su anterior novela, Julia Coria compone en *Familia serán ustedes,* una vez más, un perfecto rompecabezas de enigmas familiares.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

TATIANA TOLSTÁIA

MUNDOS ETÉREOS

colección rara avis



TUSQUETS EDITORES

Mundos etéreos

Tolstaya, Tatyana

9789876706896
272 Páginas

La realidad, dice Tatiana Tolstáia, es una habitación llena de tesoros, uno de esos mundos etéreos al otro lado del espejo, una misteriosa caja fuerte con respuesta a todos los enigmas, una libreta de direcciones con las coordenadas exactas de aquellos que nunca existieron. En esta deslumbrante colección de relatos la autora nos lleva por mundos extraordinarios.
Sus cuentos son intuitivos e ingeniosos, una mezcla única de humor y poesía definen un estilo inimitable. Los personajes de Tolstáia son niños que sueñan despiertos, adultos solitarios, extranjeros dislocados en tierras desconocidas. Personajes e historias que exploran el amor, la pérdida, la política y la identidad y dejan al descubierto los dilemas humanos universales.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Leila Guerriero

LOS SUICIDAS DEL FIN DEL MUNDO

Crónica de un pueblo patagónico

colección andanzas



Los suicidas del fin del mundo

Guerriero, Leila
9789876706339
236 Páginas

A fines de los años noventa, una ola de suicidios conmovió a Las Heras, un pequeño pueblo petrolero de la provincia de Santa Cruz. La mayoría de los muertos tenía alrededor de veinticinco años y eran habitantes emblemáticos de la ciudad, hijos de familias modestas pero tradicionales. Sin embargo, la lista oficial de esos suicidios nunca fue confeccionada.
Leila Guerriero viajó a este desolado paraje de la Patagonia, habló con los familiares y amigos de los suicidas, recorrió las mismas calles y visitó cada rincón del pueblo. El resultado es este relato descarnado y preciso que no solo reconstruye los episodios trágicos de esos años sino que también pinta magníficamente la vida cotidiana de una comunidad alejada de las grandes ciudades.
Las Heras, con su magma de desempleo y falta de futuro para los jóvenes, es un enigma cuya resolución dista de ser definitiva: los suicidios, como un destino funesto, se sucedieron durante mucho tiempo. Esta es una crónica inquietante que se lee con fascinación y que devela una realidad marcada por el horror, los prejuicios y la indiferencia.

Aurora Venturini

LAS PRIMAS

colección andanzas



Las primas

Venturini, Aurora
9789876706391
216 Páginas

Historia de iniciación ambientada en unos equívocos años 40 que despliega el mundo tortuoso de una familia disfuncional de clase media baja de la ciudad de La Plata: una casa sin hombres y llena de mujeres, todas minusválidas, con alguna deformidad física, mental o imaginaria. Una niña de doce años condenada al olvido, o incluso a un destino más cruel, sale adelante y se convierte en una pintora famosa. Las mitologías del barrio, la familia, la sexualidad femenina y el ascenso social a través de la práctica de las Bellas Artes aparecen puestas en escena y desmenuzadas por la voz inconfundible de la narradora, Yuna, una primera persona que contempla el mundo con una mirada salvaje, a la vez cándida y brutal, perspicaz y ensimismada, y lo narra con una prosa que pone en peligro todas las convenciones del lenguaje literario. A mitad de camino entre la autobiografía delirante y el ejercicio impúdico de la etnografía ín-tima, Las primas consagró a su autora, Aurora Venturini, como una de las narradoras más interesantes de la literatura argentina contemporánea.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Camila Sosa Villada

TESIS SOBRE UNA DOMESTICACIÓN

colección andanzas



Tesis sobre una domesticación

Sosa Villada, Camila
9789876707879
264 Páginas

Ningún pacto es capaz de dominar el deseo.

"Una sola travesti es suficiente para socavar los cimientos de una casa, deshacer los nudos de un compromiso, romper una promesa, renunciar a una vida", piensa la inolvidable actriz que narra esta historia de pactos invisibles y pasiones arrasadoras.
Vulnerables, los personajes de Camila Sosa Villada se pierden en una vida burguesa y apacible, abrumados por infiernos y culpas. Erotismo y violencia habitan sus vínculos, pero también una profunda ternura. En Tesis sobre una domesticación, la familia se aferra a breves momentos de felicidad sin darse cuenta de que ha sido vencida desde el comienzo. Salvaje y conmovedora, esta novela de Sosa Villada vuelve a mostrarla como una escritora extraordinaria, capaz de conquistar a miles de lectores y lectoras en todo el mundo.
"Camila sabe que el alma de una actriz vale por dos, a veces incluso por tres. Y el de una travesti también." Valeria Vegas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)